

Richard Brautigan

En azúcar de sandía



se

Lectulandia

Una novela ambientada en una extraña comuna llamada yoMuerte, un pequeño Edén en un mundo post-apocalíptico en el que muchos de los objetos están hechos de azúcar de sandía. El paisaje cambia constantemente, porque cada día tiene un sol diferente, que cambia a diario el color de las sandías. Sus habitantes conviven en una pasiva unidad, pero sus vecinos de la tierra de las Cosas Olvidadas planean un suicidio colectivo para acabar con todo.

Lectulandia

Richard Brautigan

En azúcar de sandía

ePub r1.0

Titivillus 23.04.16

Título original: *In Watermelon Sugar*
Richard Brautigan, 1968
Traducción: Damià Alou

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



3er. Aniversario



más libros, más libres

Libro primero
En azúcar de sandía

En azúcar de sandía

En azúcar de sandía los hechos sucedían una y otra vez, igual que mi vida sucede en azúcar de sandía. Os lo contaré porque yo estoy aquí y vosotros estáis lejos.

Estéis donde estéis, debemos hacerlo lo mejor que podamos. Está demasiado lejos para viajar, y aquí no tenemos nada para viajar, excepto azúcar de sandía. Espero que esto funcione.

Vivo en una choza cerca de yOMUERTE. Veo a yOMUERTE por la ventana. Es hermoso. También puedo verlo con los ojos cerrados y tocarlo. En este momento está frío y gira como algo que se hallara en la mano de un niño. No sé qué podría ser ese algo.

Hay un delicado equilibrio en yOMUERTE. Eso nos viene bien a todos.

La choza es pequeña, pero agradable y cómoda, al igual que mi vida, y está hecha de pino, azúcar de sandía y piedras, al igual que casi todo lo que hay por aquí.

Hemos construido meticulosamente nuestras vidas a partir de azúcar de sandía, y luego hemos viajado hasta nuestros sueños por caminos flanqueados de pinos y piedras.

Tengo una cama, una silla, una mesa y un arcón grande en el que guardo mis cosas. Por las noches tengo una lámpara que arde con aceite de truchasandía.

Esto es otra cosa. Os la contaré más tarde. Llevo una vida plácida.

Me acerco a la ventana y vuelvo a asomarme. Brilla el sol en el borde alargado de una nube. Es martes y el sol es dorado.

Veo bosques de pinos y los ríos que fluyen de esos bosques de pinos. Los ríos son fríos y transparentes y hay truchas en los ríos.

Algunos ríos apenas tienen unos centímetros de ancho.

Conozco un río que sólo tiene un centímetro de ancho. Lo sé porque lo medí y me pasé todo un día sentado a la orilla. A media tarde comenzó a llover. Aquí a cualquier cosa la llamamos un río. Somos así.

Veo sandiares y los ríos que discurren a través de ellos. Hay muchos puentes en los bosques de pinos y en los sandiares. Hay un puente delante de la choza.

Hay puentes de madera, plata vieja y manchada que parece lluvia, puentes de piedra recogida a gran distancia y contruidos siguiendo el orden de esa distancia, y puentes de azúcar de sandía. Estos son los que más me gustan.

Aquí hacemos muchas cosas de azúcar de sandía —ya os lo contaré—, incluyendo este libro escrito acerca de yOMUERTE.

En todo esto nos adentraremos y viajaremos en azúcar de sandía.

Margaret

Esta mañana han llamado a la puerta. Podría decirnos quién era por la manera de llamar y porque los oí llegar por el puente.

Pisaron la única tabla que hace ruido. Siempre la pisan. Nunca he sido capaz de entenderlo. He pensado muchísimo en por qué siempre pisan esa misma tabla, cómo es posible que no puedan evitarla. Y ahora estaban ante mi puerta, llamando. No hice caso de su llamada porque me daba igual. No quería verlos. Sabía a qué venían y no me gustaba.

Al final dejaron de llamar y volvieron a marcharse por el puente y, naturalmente, pisaron la misma tabla: una tabla larga con los clavos mal alineados, construida hace años y que no hay manera de arreglar, y cuando se fueron, la tabla quedó en silencio.

Yo puedo cruzar el puente cientos de veces sin pisar esa tabla, pero Margaret siempre la pisa.

Mi nombre

Supongo que sentís cierta curiosidad por saber quién soy, pero soy uno de esos que no tienen un nombre normal. Mi nombre depende de vosotros. Llamadme como se os ocurra.

Si pensáis en algo que pasó hace mucho tiempo: alguien os hizo una pregunta y no supisteis la respuesta.

Ése es mi nombre.

Quizá llovía a cántaros.

Ése es mi nombre.

O alguien quiso que hicierais algo. Lo hicisteis. Entonces os dijeron que lo que habíais hecho estaba mal —«Lamento el error»— y que teníais que hacer otra cosa.

Ése es mi nombre.

Quizá se trata de un juego al que jugabais de niños o de algo que se os coló en la cabeza cuando erais viejos y estabais sentados en una butaca cerca de la ventana.

Ése es mi nombre.

O fuisteis andando a alguna parte. Estaba todo cubierto de flores.

Ése es mi nombre.

A lo mejor os quedasteis mirando un río. A vuestro lado había alguien a quien amabais. Estaba a punto de tocaros. Podíais notarlo antes de que ocurriera. Y entonces ocurría.

Ése es mi nombre.

U oísteis a alguien que os llamaba desde muy lejos. Su voz era casi un eco.

Ése es mi nombre.

A lo mejor estabais echados en la cama, casi a punto de dormiros, y os reísteis por algo, un chiste a costa vuestra, una buena manera de acabar el día.

Ése es mi nombre.

O estabais comiendo algo bueno y por un segundo se os olvidó que comíais, pero seguisteis comiendo, sabiendo que era bueno.

Ése es mi nombre.

A lo mejor era medianoche y el fuego sonaba como una campana dentro de la estufa.

Ése es mi nombre.

U os sentisteis mal cuando ella os dijo aquello. Podría habérselo dicho a otro: a alguien que estuviera más familiarizado con sus problemas.

Ése es mi nombre.

A lo mejor las truchas nadaban en el remanso pero el río sólo tenía veinte

centímetros de anchura, la luna brillaba sobre yomuerte y los sandiares resplandecían de una manera desproporcionada, la oscuridad y la luna parecían surgir de cada planta.

Ése es mi nombre.

Y ojalá que Margaret me dejara en paz.

Fred

Poco después de que Margaret se marchara, llegó Fred. Él no tenía nada que ver con el puente. Sólo lo utilizaba para llegar a mi choza. No tenía nada más que ver con el puente. Sólo lo cruzaba para llegar a mi casa.

—Simplemente abrió la puerta y entró.

—Hola —dijo—. ¿Qué hay?

—No gran cosa —dije—. Por aquí, trabajando un poco.

—Vengo de la Sandería —dijo Fred—. Quiero que mañana por la mañana me acompañes. Quiero enseñarte una cosa de la prensa de madera.

—Muy bien —dije.

—Bien —dijo Fred—. Te veré esta noche en yomuerte a la hora de la cena. He oído que esta noche Pauline va a preparar la cena. Eso significa que tomaremos algo bueno. Estoy harto de los platos de Al. Las verduras siempre están demasiado cocidas, y también estoy harto de las zanahorias. Si me como otra zanahoria esta semana me da un ataque.

—Sí, Pauline es una buena cocinera —dije.

En aquella época no me interesaba demasiado la comida. Quería seguir con mi trabajo, pero Fred es mi colega. Juntos lo hemos pasado bien muchas veces.

Del bolsillo del mono de Fred asomaba algo que tenía una pinta extraña. Despertó mi curiosidad. No se parecía a nada que hubiera visto antes.

—¿Qué llevas en el bolsillo, Fred?

—Me lo encontré hoy mientras cruzaba el bosque viniendo desde la Sandería. No sé qué es. Nunca he visto nada parecido. ¿Tú qué crees que es?

Se lo sacó del bolsillo y me lo entregó. No sabía ni cómo cogerlo. Intenté cogerlo como si tratara de coger una flor y una piedra al mismo tiempo.

—¿Cómo se coge? —pregunté.

—No lo sé. No sé nada de esta cosa.

—Parece una de esas cosas que enheravor y su banda desenterraban de la Olvidería. Nunca he visto nada parecido —dije, y se lo devolví a Fred.

—Se lo enseñaré a Charley —dijo—. A lo mejor Charley lo sabe. Lo sabe casi todo.

—Sí, Charley sabe muchas cosas —contesté.

—Bueno, supongo que será mejor que me vaya —dijo Fred, y volvió a meter aquella cosa en el mono—. Te veo en la cena.

—Muy bien.

Fred se dirigió hacia la puerta. Cruzó el puente sin pisar la tabla que Margaret

siempre pisa y que no dejaría de pisar ni aunque el puente tuviera diez kilómetros de ancho.

La idea de Charley

Cuando Fred se hubo marchado, me entraron ganas de ponerme a escribir otra vez, de mojar la pluma en tinta de semilla de sandía y escribir sobre estas hojas de madera de olor dulzón que fabrica Bill en el tejlar.

He aquí una lista de cosas de las que os hablaré en este libro. No tiene sentido guardárselas para después. Mejor que os diga ahora de qué va todo esto:

1: yOMUERTE. (Un buen lugar.)

2: Charley. (Mi amigo.)

3: Los tigres y cómo vivían, lo hermosos que eran y cómo murieron, cómo me hablaban mientras se comían a mis padres y cómo yo les contesté, y cómo dejaron de comerse a mis padres, aunque eso no ayudó a mis padres en nada, en aquel momento nada podía ayudarlos; hablamos durante mucho rato y uno de los tigres me ayudó con mis deberes de aritmética, y luego me dijo que me fuera mientras acababan de comerse mis padres, y me fui. Aquella noche regresé para quemar la choza. Eso es lo que hacíamos en aquellos días.

4: La Estatua de los Espejos.

5: El viejo Chuck.

6: Los largos paseos que doy por la noche. A veces me quedo de pie durante horas en el mismo sitio, casi sin moverme. (He detenido el viento en mi mano.)

7: La Sandería.

8: Fred. (Mi colega.)

9: El estadio de béisbol.

10: El acueducto.

11: Doc Edwards y el maestro.

12: El precioso criadero de truchas que hay en yOMUERTE y cómo se construyó, y las cosas que ocurren allí. (Es un lugar fabuloso para bailar.)

13: Los Sepultureros, el Pozo y el Castillete.

14: Una camarera.

15: Al, Bill, otros.

16: El pueblo.

17: El sol y cómo cambia. (Muy interesante.)

18: enHERVOR, esa banda suya y el lugar donde cavaban, la Olvidería, y todas las cosas terribles que hicieron, lo que les pasó y lo tranquilas y hermosas que están las cosas por aquí ahora que han muerto.

19: Conversaciones y cosas que ocurren en el día a día. (Trabajo, baños, desayuno y cena.)

20: Margaret y otra chica que llevaba el farol por la noche y nunca se acercó.

21: Todas nuestras estatuas y los lugares donde enterramos a nuestros muertos, para que siempre tengan una luz que brote de sus tumbas.

22: Mi vida vivida en azúcar de sandía. (Debe de haber vidas peores.)

23: Pauline. (Es mi chica favorita. Ya veréis.)

24: Y éste es el libro número veinticuatro escrito en 171 años. El mes pasado Charley me dijo:

—No parece que te guste hacer estatuas ni otra cosa. ¿Por qué no escribes un libro?

»El último se escribió hace treinta y cinco años. Ya va siendo hora de que alguien escriba otro.

A continuación se rascó la cabeza y dijo:

—Caramba, me acuerdo que fue hace treinta y cinco años, pero no me acuerdo de qué trataba. Normalmente había un ejemplar en la serrería.

—¿Sabes quién lo escribió? —dije.

—No —contestó él—. Pero era como tú. No tenía un nombre normal.

Le pregunté de qué trataban los otros libros, los veintitrés anteriores, y dijo que creía que uno era sobre los búhos.

—Sí, era sobre los búhos, y también había un libro sobre las agujas de pino, muy aburrido, y luego había otro sobre la Olvidería, teorías acerca de cómo empezó y cuál era su origen.

»El tipo que escribió el libro se llamaba Mike, y se adentró mucho en la Olvidería. Quizá se adentró unos ciento cincuenta kilómetros y desapareció durante semanas. Fue más allá de los altos Montículos que vemos en días despejados. Dijo que más allá de esos Montículos había otros que eran aún más altos.

»Escribió un libro acerca de su viaje a la Olvidería. No era un mal libro, era mucho mejor que los libros que encontramos en la Olvidería. Son unos libros terribles.

»Dijo que anduvo perdido durante días y que había encontrado cosas que medían tres kilómetros de largo y eran verdes. Se negó a dar más detalles acerca de ellas, ni siquiera en el libro. Lo único que dijo fue que medían tres kilómetros de largo y eran verdes.

»Su tumba es la que hay junto a la estatua de la rana.

—Conozco bien esa tumba —dije—. Es un tipo rubio y llevo un mono color óxido.

—Sí, ése es —dijo Charley.

Ocaso

Cuando concluí mi jornada de escritura faltaba poco para que se pusiera el sol y la cena pronto estaría a punto en yOMUERTE.

Tenía ganas de ver a Pauline, de comerme lo que ella hubiera preparado y de verla en la cena, o quizá la vería después de la cena. A lo mejor podríamos dar un largo paseo, tal vez por el acueducto.

Luego iríamos a su choza a pasar la noche, o nos quedaríamos en yOMUERTE, o vendríamos aquí, si Margaret no derribaba la puerta en su próxima visita.

El sol descendía sobre los Montículos de la Olvidería. Éstos se remontaban a una época anterior a la memoria y resplandecían en el ocaso.

El grillo plácido

Salí y me quedé un rato en el puente mirando el río. Tenía un metro de ancho. Del río se alzaban un par de estatuas. Una de ellas representaba a mi madre. Era una buena mujer. La construí hace cinco años.

La otra estatua era de un grillo. No la hice yo. Fue otro quien la construyó hace mucho tiempo, en la época de los tigres. Es una estatua muy plácida.

Me gusta mi puente porque está hecho de todas las cosas: madera, piedras lejanas y plácidos tablones de azúcar de sandía.

Me dirigí hasta yOMUERTE a través de un crepúsculo frío y prolongado que pasó sobre mí como un túnel. Perdí de vista yOMUERTE cuando me adentré en el bosque de pinos, los árboles despedían un olor fresco y se iban oscureciendo poco a poco.

Iluminando los puentes

Levanté la mirada a través de los pinos y vi el lucero de la tarde. Brillaba en el cielo con un rojo cordial, pues ése es el color de nuestras estrellas. Son siempre de ese color.

Conté un segundo lucero de la tarde al otro lado del cielo, no tan imponente pero tan hermoso como el que había llegado primero.

Llegué al puente verdadero y al puente abandonado. Los dos cruzaban el río, el uno junto al otro. Las truchas saltaban en el río. Saltó una trucha de unos cincuenta centímetros. Me pareció que era un pez muy bonito. Supe que la recordaría durante mucho tiempo.

Vi a alguien que se acercaba por el camino. Era el viejo Chuck, que venía de YOMUERTE para encender las farolas del puente auténtico y el puente abandonado. Caminaba despacio, porque es un hombre muy viejo.

Algunos dicen que es demasiado viejo para iluminar los puentes y que debería quedarse en YOMUERTE y tomarse las cosas con calma. Pero al viejo Chuck le gusta encender las farolas y volver por la mañana para apagarlas.

El viejo Chuck dice que todo el mundo debería tener algo que hacer, e iluminar estos puentes es su ocupación. Charley está de acuerdo con él.

—Que el viejo Chuck ilumine los puentes si le apetece. Así no hace ninguna maldad.

Esto es más bien un chiste, porque el viejo Chuck debe de tener noventa años como mínimo y ya no tiene edad de hacer maldades, y se mueve a la velocidad de décadas.

El viejo Chuck está mal de la vista y no me vio hasta que no lo tuve casi encima.

—Hola, Chuck —dije.

—Buenas noches —me contestó—. He venido a iluminar los puentes. ¿Cómo estás esta noche? He venido a iluminar los puentes. Una noche preciosa, ¿verdad?

—Sí —dije—. Preciosa.

El viejo Chuck se acercó al puente abandonado, sacó una cerilla de quince centímetros de su mono y encendió el farol del lado del puente que daba a YOMUERTE. El puente abandonado ha estado así desde la época de los tigres.

En aquella época dos tigres quedaron atrapados en el puente y murieron, y después el puente se incendió. El fuego sólo destruyó una parte del puente.

Los cuerpos de los tigres cayeron al río y todavía se pueden ver sus huesos en el fondo, en las zonas arenosas alojados en las rocas y desperdigados por aquí y por allá: huesos pequeños, costillas y parte de un cráneo.

En el río hay una estatua al lado de los huesos. Es la estatua de alguien que fue asesinado por los tigres hace mucho tiempo. Nadie sabe quiénes eran.

Nunca repararon el puente, y ahora es el puente abandonado. Hay un farol en cada extremo del puente. El viejo Chuck los enciende cada noche, aunque hay quien dice que es demasiado viejo.

El puente auténtico está hecho completamente de pino. Es un puente cubierto y el interior siempre está oscuro como el túnel de un oído. Las farolas tienen forma de caras.

Una de las caras es la de un hermoso niño, y la otra, la de una trucha. El viejo Chuck enciende las farolas con las largas cerillas que se saca del mono.

Las farolas del puente abandonado son tigres.

—Iré andando contigo hasta yomuerte —dije.

—Oh, no —contestó el viejo Chuck—. Soy demasiado lento. Llegarás tarde a la cena.

—¿Y tú? —dije.

—Yo ya he cenado. Pauline me dio algo de comer justo antes de irme.

—¿Qué tenemos para cenar? —pregunté.

—No —dijo el viejo Chuck, sonriendo—. Pauline me dijo que si me encontraba contigo por el camino no te dijera qué hay de cenar esta noche. Me lo hizo prometer.

—Esa Pauline —dije.

—Me lo hizo prometer —contestó.

YOMUERTE

Oscurecía ya cuando llegué a yOMUERTE. Los dos luceros del alba brillaban ahora el uno junto al otro. El más pequeño se había acercado al grande. Ahora estaban más cerca, casi tocándose, y luego se unirían y se convertirían en una estrella muy grande.

No sé si estas cosas son justas o no.

Había luces encendidas en yOMUERTE. Las contemplé mientras salía del bosque y descendía la colina. Se veían cálidas, invitantes y alegres.

Justo antes del llegar a yOMUERTE, la cosa cambió. yOMUERTE es así: siempre cambia. Es para bien. Subí los peldaños hasta el porche de delante, abrí la puerta y entré.

Crucé la sala de estar hasta la cocina. No había nadie, nadie sentado en los sofás paralelos al río. Es donde generalmente se reúne la gente en la sala, o se queda de pie entre los árboles que crecen junto a las grandes rocas, pero ahí tampoco había nadie. A lo largo del río, entre los árboles, brillaban muchos faroles. Era casi la hora de cenar.

Cuando llegué al otro lado de la sala, de la cocina me llegó un olor a algo bueno. Dejé la sala y seguí por el pasillo que va por debajo del río. Pude oír el río por encima de mí, brotando de la sala. El río sonaba bien.

El pasillo estaba perfectamente seco, y de la cocina me llegaba un olor a cosas buenas.

Casi todo el mundo estaba en la cocina: es decir, aquellos que comen en yOMUERTE. Charley y Fred hablaban de algo. Pauline estaba a punto de servir la cena. Todos estaban sentados. Pauline se alegró de verme.

—Hey, forastero —dijo.

—¿Qué hay para cenar? —pregunté.

—Estofado —contestó—. Del que a ti te gusta.

—Estupendo —dije.

Me dedicó una simpática sonrisa y me senté. Pauline llevaba un vestido nuevo y pude ver el agradable contorno de su cuerpo.

El vestido era escotado y vi la delicada curva de sus pechos. Me sentí muy complacido por todo. El vestido despedía un olor dulce porque estaba hecho de azúcar de sandía.

—¿Cómo va el libro? —preguntó Charley.

—Muy bien —dije—. Estupendamente.

—Espero que no trate de agujas de pino —dijo.

Pauline me sirvió primero. Me puso una enorme ración de estofado. Todo el

mundo se dio cuenta de que me servía primero y del tamaño de la ración, y todos sonrieron, pues sabían lo que significaba, y les hacía felices lo que estaba ocurriendo.

A casi nadie le gustaba ya Margaret. Y casi todos pensaban que conspiraba con enHERVOR y esa banda suya, aunque no hubiera pruebas de ello.

—Este estofado está realmente bueno —dijo Fred. Se llevó una gran cucharada de estofado a la boca y casi la derramó por encima del mono—. Mmmm, qué bueno —repitió, y dijo en voz baja—: Mucho mejor que las zanahorias.

Al le oyó a medias. Durante un segundo le lanzó una severa mirada, pero como no acabó de entender lo que había dicho, se relajó y dijo:

—Ya lo creo que está bueno, Fred.

Pauline soltó una risa apagada, pues había oído el comentario de Fred, y yo la miré como diciendo: «No te rías demasiado fuerte, querida. Ya sabes cómo se pone Al cuando se habla de sus habilidades culinarias».

Pauline asintió con un gesto comprensivo.

—Siempre que no trate de agujas de pino —repitió Charley, aunque habían pasado unos buenos diez minutos desde la última vez que dijera algo, y también había sido algo acerca de las agujas de pino.

Los tigres

Después de cenar, Fred dijo que lavaría los platos. Pauline dijo que de ninguna manera, pero Fred insistió y se puso a recoger la mesa. Cogió algunos platos y cucharas, y eso zanjó el asunto.

Charley dijo que pensaba irse a la sala, sentarse junto al río y fumar una pipa. Al bostezó. Los otros dijeron que harían otras cosas, y se fueron a hacerlas.

Entonces apareció el viejo Chuck.

—¿Cómo has tardado tanto? —preguntó Pauline.

—Decidí descansar junto al río. Me quedé dormido y estuve soñando mucho rato con los tigres. He soñado que volvían.

—Qué horror —dijo Pauline.

Tembló, encogió los hombros como si fuera un pájaro y colocó las manos encima de ellos.

—No, no pasó nada —dijo el viejo Chuck.

Se sentó en una silla. Tardó mucho tiempo en sentarse, y fue como si hubiera brotado de la silla. Tan pegado estaba.

—Esta vez fue diferente —dijo—. Tocaban instrumentos musicales y daban largos paseos bajo la luna.

»Se paraban y tocaban junto al río. Los instrumentos eran bonitos. También cantaban. Acuérdate de lo hermosas que eran sus voces.

Pauline volvió a temblar.

—Sí —dije—. Tenían unas voces hermosas, pero nunca les oí cantar.

—En mis sueños cantaban. Me acuerdo de la música, pero no de la letra. Eran buenas canciones, y no había en ellas nada que asustara. A lo mejor es que soy un anciano —dijo.

—No, tenían hermosas voces —repetí.

—Me gustaban sus canciones —dijo el viejo Chuck—. Luego me desperté y hacía frío. Vi los faroles en los puentes. Sus canciones eran como los faroles, quemaban aceite.

—Me tenías un poco preocupada —dijo Pauline.

—No —negó el viejo Chuck—. Me senté en la hierba, me recosté contra un árbol y me quedé dormido. Y soñé mucho rato con los tigres; cantaban canciones, pero no me acuerdo de la letra. Sus instrumentos también eran bonitos. Se parecían a las farolas.

La voz del viejo Chuck se apagó lentamente. Su cuerpo siguió relajándose hasta que pareció que había estado siempre en aquella butaca, y sus brazos reposaban

suavemente sobre azúcar de sandía.

Más conversación en yOMUERTE

Pauline y yo entramos en la sala y nos sentamos en un sofá en medio de la arboleda que había junto al gran montículo de rocas. Estábamos rodeados de faroles.

Le cogí la mano. Su mano tenía mucha fuerza, adquirida por el método de la ternura, y esa fuerza hacía que mi mano se sintiera segura, aunque también había cierta excitación.

Se sentó muy cerca de mí. Me llegaba el calor de su cuerpo a través del vestido. En mi mente, ese calor era del mismo color que su vestido, una especie de dorado.

—¿Cómo va el libro? —preguntó.

—Bien —contesté.

—¿De qué trata? —dijo.

—Oh, no lo sé —dije.

—¿Es un secreto? —preguntó, sonriendo.

—No —contesté.

—¿Es una novela romántica, como algunos de los libros de la Olvidería?

—No —dije—. No se parece a esos libros.

—Me acuerdo de cuando yo era niña —dijo—. Solíamos quemar esos libros como combustible. Había muchísimos. Ardían mucho tiempo, pero ahora ya no hay tantos.

—No, es sólo un libro —dije.

—Muy bien —dijo Pauline—. Te dejaré en paz, pero no se puede culpar a nadie por ser curioso. Hace mucho tiempo que aquí nadie escribe ningún libro. Al menos desde que yo nací.

Entró Fred, que ya había lavado los platos. Nos vio entre los árboles. Las farolas nos iluminaban.

—Eh, hola —gritó.

—Hola —le contestamos.

Fred se nos acercó, cruzando un pequeño río que en yOMUERTE desembocaba en el río principal. Pasó por un pequeño puente metálico en el que resonaron sus pasos. Creo que ese puente lo encontró enHERVOR en la Olvidería. Lo trajo y lo colocó.

—Gracias por fregar los platos —dijo Pauline.

—No hay de qué —contestó Fred—. Lamento molestaros, pero se me ha ocurrido venir a recordarte que te reúnas conmigo mañana por la mañana en la prensa de madera. Hay algo que quiero enseñarte.

—No lo he olvidado —dije—. ¿Qué es?

—Te lo enseñaré mañana.

—Bien.

—Eso es todo lo que quería decirte. Sé que tenéis mucho de que hablar, así que me voy. Ha sido una cena buena de verdad, Pauline.

—¿Todavía tienes eso que me enseñaste hoy? —pregunté—. Me gustaría que Pauline lo viera.

—¿Qué es? —dijo Pauline.

—Algo que Fred encontró hoy en el bosque.

—No, no lo tengo —contestó Fred—. Lo dejé en mi choza. Te lo enseñaré mañana en el desayuno.

—¿Qué es? —preguntó Pauline.

—No lo sabemos —dije.

—Sí, es algo que tiene una pinta rara —dijo Fred—. Se parece a una de esas cosas de la Olvidería.

—Vaya —dijo Pauline.

—Bueno, de todos modos, te lo enseñaré mañana en el desayuno.

—Bueno —contestó ella—. Estoy impaciente por verlo. Sea lo que sea. Parece bastante misterioso.

—Muy bien, pues —dijo Fred—. Ahora me voy. Sólo quería recordarte que mañana vengas a verme a la prensa de madera. Se trata de algo importante.

—Tampoco tengas prisa en irte —dije—. Quédate un rato con nosotros. Siéntate.

—No, no, no. Gracias de todos modos —dijo Fred—. Tengo cosas que hacer en mi choza.

—Muy bien —dije.

—Adiós.

—Gracias de nuevo por fregar los platos —dijo Pauline.

—No ha sido nada.

Muchas buenas noches

Se estaba haciendo tarde y Pauline y yo fuimos a darle las buenas noches a Charley. Apenas se le veía, sentado en su sofá, cerca de las estatuas que le gustan y del lugar donde en las noches frías enciende una pequeña hoguera para calentarse.

Bill había ido a hacerle compañía, y estaban sentados los dos juntos, hablando de algo con mucho interés.

Bill agitaba mucho los brazos ilustrando una parte de la conversación.

—Hemos venido a daros las buenas noches —dije, interrumpiéndolos.

—Hey, hola —dijo Charley—. Sí, buenas noches. En fin, ¿cómo os va?

—Muy bien —respondí.

—Ha sido una cena maravillosa —dijo Bill.

—Sí, una cena realmente estupenda —dijo Charley—. Buen estofado.

—Gracias.

—Os veo mañana —dije.

—¿Vas a pasar la noche en yomuerte? —preguntó Charley.

—No —contesté—. Voy a pasar la noche con Pauline.

—Eso está bien —dijo Charley.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Verduras

La choza de Pauline estaba más o menos a kilómetro y medio de yomuerte. Ella no pasa allí mucho tiempo. Está fuera del pueblo. Aquí, en azúcar de sandía, somos unos 375.

Mucha gente vive en el pueblo, pero algunos viven en otros lugares, en chozas, y naturalmente estamos los que vivimos en yomuerte.

Se veían pocas luces encendidas en el pueblo, aparte de las farolas. La luz de Doc Edwards estaba encendida. Siempre le cuesta mucho dormir por la noche. La luz del maestro también estaba encendida. Probablemente estaba preparando la clase de los críos.

Nos detuvimos en el puente al otro lado del río. En el puente había unas farolas de color verde pálido. Tenían forma de sombras humanas. Pauline y yo nos besamos. Tenía la boca húmeda y fresca. Quizá debido a la noche.

Oí saltar una trucha en el río, una saltadora tardía. El ruido que hizo al caer al agua fue como el de una puerta estrecha. Había una estatua cerca. La estatua era de una judía gigante. Eso es, una judía.

Hace mucho tiempo a alguien le gustaban las verduras, y hay veinte o treinta estatuas de verduras en azúcar de sandía, desperdigadas por ahí.

Hay una estatua de una alcachofa cerca del tejat, una zanahoria de tres metros cerca del criadero de truchas de yomuerte, una lechuga cerca de la escuela y un manojo de cebollas cerca de la entrada de la Olvidería, y hay otras estatuas de verduras cerca de las chozas donde vive la gente, y un colinabo cerca del estadio de béisbol.

A poca distancia de mi choza se alza la estatua de una patata. No es que me guste especialmente, pero hace mucho tiempo hubo alguien a quien le encantaban las verduras.

Una vez le pregunté a Charley si sabía quién era, pero me contestó que no tenía la menor idea.

—De todos modos, las verduras debían de gustarle mucho —dijo Charley.

—Sí —dije yo—. Cerca de mi choza hay una estatua de una patata.

Seguimos caminando hasta la casa de Pauline. Pasamos junto a la Sandería. Estaba a oscuras y silenciosa. Al día siguiente por la mañana estaría llena de luz y actividad. Se podía ver el acueducto. Ahora era una sombra alargada.

Llegamos a otro puente que cruzaba otro río. En el puente se veían los faroles de rigor y estatuas en el río. Había más o menos una docena de luces tenues que surgían del fondo del río.

Eran tumbas.

Nos paramos.

—Esta noche las tumbas están muy bonitas —dijo Pauline.

—Ya lo creo —dije.

—Aquí casi todas son de niños, ¿verdad?

—Sí —dije.

—Son tumbas realmente hermosas —dijo Pauline.

Las polillas revoloteaban por encima de la luz que brotaba del río procedente de las tumbas. Sobre cada tumba revoloteaban cinco o seis polillas.

De repente una gran trucha saltó del agua por encima de una tumba y atrapó una de las polillas. Las otras polillas se desperdigaron y luego regresaron, y la misma trucha volvió a saltar y cogió otra polilla. Pues sí que era inteligente la trucha.

La trucha ya no volvió a saltar y las polillas revolotearon tranquilamente por encima de la luz que salía de las tumbas.

Margaret otra vez

—¿Cómo se está tomando Margaret todo esto? —preguntó Pauline.

—No lo sé —dije.

—¿Está dolida, enfadada o qué? ¿Sabes cómo se siente? —preguntó Pauline—. ¿Ha hablado contigo desde que se lo dijiste? A mí no ha vuelto a dirigirme la palabra. La vi ayer cerca de la Sandería. Le dije hola pero ella pasó de largo sin contestarme. Parecía terriblemente enfadada.

—No sé cómo se siente —dije.

—Creía que esta noche estaría en yomuerte, pero no —dijo Pauline—. No sé por qué pensé que estaría. Tuve esa intuición, pero me equivoqué. ¿La has visto?

—No —respondí.

—Me pregunto dónde vive ahora —dijo Pauline.

—Creo que está en casa de su hermano.

—Me siento mal por ello. Margaret y yo éramos muy buenas amigas. Hemos pasado muchos años juntas en yomuerte —me explicó Pauline—. Éramos casi como hermanas. Lamento que las cosas fueran así, pero no pudimos hacer nada.

—El corazón es otra cosa. Nadie sabe qué va a suceder —dije.

—Tienes razón —dijo Pauline.

Se detuvo y me besó. A continuación cruzamos el puente hasta su choza.

La choza de Pauline

La choza de Pauline está hecha completamente de azúcar de sandía, excepto la puerta, que es de un pino de aspecto estupendo y manchado de gris con un pomo de piedra.

Incluso las ventanas están hechas de azúcar de sandía. Aquí hay muchas ventanas hechas de azúcar. Es muy difícil ver la diferencia entre el azúcar y el cristal, tal como utiliza el azúcar Carl, nuestro cristalero. Es algo que depende completamente de quién lo hace. Es un arte delicado, y Carl es un artista.

Pauline encendió un farol. Al arder con aceite de truchasandía emitió un olor fragante. Aquí mezclamos la sandía y la trucha y obtenemos un aceite delicioso para nuestras lámparas. Lo utilizamos para todo tipo de iluminación. Posee un aroma suave y da una buena luz.

La choza de Pauline es muy sencilla, igual que todas nuestras chozas. Todo estaba en su sitio. Pauline utiliza la choza sólo para escaparse de yOMUERTE durante unas horas o una noche, si le apetece.

Todos los que vivimos en yOMUERTE tenemos chozas que podemos visitar cuando nos apetece. Yo paso más tiempo en mi choza que los demás. Generalmente sólo duermo una noche por semana en yOMUERTE. Naturalmente, casi siempre como allí. Los que no tenemos nombres normales pasamos mucho tiempo solos. Va con nuestro carácter.

—Bueno, aquí estamos —dijo Pauline.

Estaba hermosa a la luz de la lámpara. Le brillaban los ojos.

—Por favor, acércate —dije.

Se me acercó y la besé en la boca y a continuación le toqué los pechos. Los noté tensos y firmes. Bajé la mano por la pechera de su vestido.

—Qué gusto —dijo.

—Probemos algo más —dije.

—Eso estaría bien —dijo.

Nos acercamos a la cama y nos echamos. Le quité el vestido. No llevaba nada debajo. Hicimos eso durante un rato. A continuación me levanté, me quité el mono y volví a echarme a su lado.

Un amor, un viento

Hicimos el amor larga y lentamente. Se levantó un viento y los cristales temblaron un poco, pues la ventana de azúcar quedó frágilmente entreabierta por el viento.

Me gustaba el cuerpo de Pauline, y ella dijo que también le gustaba el mío, y no se nos ocurría nada que decir.

El viento paró de repente y Pauline dijo:

—¿Qué es eso?

—Es el viento.

Otra vez los tigres

Después de hacer el amor hablamos de los tigres. Fue Pauline quien empezó. Su cuerpo cálido estaba echado junto al mío, y quiso hablar de los tigres. Dijo que el sueño del viejo Chuck le había hecho pensar en ellos.

—Me pregunto cómo podían hablar nuestro idioma —dijo.

—Nadie lo sabe —contesté—. Pero podían hablarlo. Charley dice que a lo mejor hace mucho tiempo fuimos tigres y nos transformamos, pero ellos no. No lo sé. De todos modos, es una idea interesante.

—Nunca oí sus voces —dijo Pauline—. Por aquel entonces yo era una niña y sólo quedaban unos cuantos tigres, ya viejos, y apenas salían de las colinas. Eran demasiado viejos para ser peligrosos, y siempre los cazaban.

»Tenía seis años cuando mataron al último. Recuerdo que los cazadores lo trajeron a yOMUERTE. Había cientos de personas con ellos. Los cazadores dijeron que lo habían matado en las colinas aquel mismo día, y que era el último tigre.

»Trajeron el último tigre a yOMUERTE y todo el mundo vino con ellos. Lo cubrieron con leña y empaparon la leña con aceite de truchasandía. Echaron litros y litros. Me acuerdo de que la gente arrojaba flores al montón y lloraba porque era el último tigre.

»Charley encendió una cerilla y prendió el fuego. Ardió con un gran resplandor naranja durante horas y horas, y el humo se mezcló con el aire.

»Ardió hasta que no quedaron más que cenizas, y entonces, en ese mismo momento, los hombres comenzaron a construir el criadero de truchas de yOMUERTE, justo donde había ardió el tigre. Cuesta pensar en ello cuando estás allí bailando.

»Supongo que te acuerdas de todo eso —dijo Pauline—. Tú también estabas allí. Estabas al lado de Charley.

—Es cierto —contesté—. Tenían unas voces hermosas.

—Yo no las oí nunca —dijo Pauline.

—Quizá fuera mejor así —dije.

—A lo mejor tienes razón —dijo Pauline—. Tigres. —Y no tardó en quedarse dormida en mis brazos.

Su sueño intentó convertirse en mi brazo, y luego en mi cuerpo, pero yo no se lo permitía porque de repente me sentí muy inquieto.

Me levanté, me puse el mono y me fui a dar uno de esos largos paseos que doy por la noche.

Aritmética

La noche era fría y las estrellas eran rojas. Pasé junto a la Sandería. Ahí es donde convertimos las sandías en azúcar. Extraemos el jugo de las sandías y lo cocemos hasta que no queda más que el azúcar, y entonces lo trabajamos para darle la forma de lo que tenemos: nuestras vidas.

Me senté en un sofá junto al río. Pauline me había hecho pensar en los tigres. Me senté allí y pensé en ellos, en cómo habían matado a mis padres y luego se los habían comido.

Vivíamos en una choza junto al río. Mi padre cultivaba sandías y mi madre hacía pan. Yo iba a la escuela. Tenía nueve años y la aritmética no me entraba.

Una mañana llegaron los tigres mientras desayunábamos, y antes de que mi padre pudiera coger un arma los mataron a él y a mi madre. Mis padres no tuvieron tiempo de decir nada antes de morir. Yo comía gachas de maíz y todavía tenía la cuchara en la mano.

—No tengas miedo —dijo uno de los tigres—. No te haremos daño. No hacemos daño a los niños. Quédate sentado donde estás y te contaremos una historia.

Uno de los tigres comenzó a comerse a mi madre. Le arrancó un trozo de brazo y comenzó a masticarlo.

—¿Qué clase de historia te gustaría oír? Sé una buena de un conejo.

—No quiero oír ninguna historia —dije.

—Muy bien —respondió el tigre, y arrancó un trozo de carne de mi padre.

Me quedé allí mucho tiempo con la cuchara en la mano, y luego la solté.

—Esta gente era mi familia —dije por fin.

—Lo sentimos —dijo uno de los tigres—. De verdad.

—Sí —dijo el otro tigre—. No lo haríamos si pudiésemos remediarlo, si no estuviésemos totalmente obligados a hacerlo. Pero ésta es la única manera que tenemos de sobrevivir.

—Somos igual que tú —dijo el otro tigre—. Hablamos el mismo idioma que tú. Tenemos los mismos pensamientos, pero somos tigres.

—¿Podéis ayudarme con la aritmética? —dije.

—¿Qué es eso? —preguntó uno de los tigres.

—La aritmética.

—Ah, la aritmética.

—Sí.

—¿Qué quieres saber? —dijo uno de los tigres.

—Cuántos son nueve por nueve.

—Ochenta y uno —contestó un tigre.

—¿Cuántos son ocho por ocho?

—Cincuenta y seis —respondió un tigre.

Les hice media docena más de preguntas: seis por seis, siete por cuatro, etc. La aritmética me costaba. Finalmente los tigres se aburrieron de mis preguntas y me dijeron que me marchara.

—Muy bien —dije—. Me iré fuera.

—No te vayas demasiado lejos —me pidió uno de los tigres—. No queremos que aparezca alguien y nos mate.

—Muy bien.

Siguieron comiéndose a mis padres. Salí y me senté junto al río.

—Soy huérfano —dije.

Vi una trucha en el río. Nadó directamente hacia mí y se detuvo justo donde acaba el río y comienza la tierra. Se me quedó mirando.

—¿Qué sabes tú de las cosas? —le pregunté a la trucha.

Eso fue antes de irme a vivir a yOMUERTE.

Al cabo de más o menos una hora los tigres salieron, se estiraron y bostezaron.

—Qué día tan bonito —dijo uno de los tigres.

—Sí —contestó el otro tigre—. Precioso.

—Sentimos muchísimo haber tenido que matar y comernos a tus padres. Por favor, intenta comprenderlo. Los tigres no somos malos. No es más que una cosa que tenemos que hacer.

—Muy bien —dije—. Y gracias por ayudarme con la aritmética.

—De nada.

Los tigres se fueron.

Me fui a yOMUERTE y le dije a Charley que los tigres se habían comido a mis padres.

—Qué pena —dijo.

—Los tigres son muy amables. ¿Por qué tienen que hacer esas cosas? —pregunté.

—No pueden evitarlo —dijo Charley—. A mí también me gustan los tigres. He tenido muchas y muy buenas conversaciones con ellos. Son muy simpáticos y tienen una manera interesante de exponer las cosas, pero vamos a tener que librarnos de ellos. Y pronto.

—Uno de ellos me ayudó con la aritmética.

—Son muy serviciales —dijo Charley—. Pero son peligrosos. ¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé —respondí.

—¿Qué te parecería quedarte a vivir en yOMUERTE? —preguntó Charley.

—Me parece bien —respondí.

—Estupendo. Entonces no hay más que hablar —dijo Charley.

Aquella noche volví a la choza y la incendié. No me llevé nada conmigo y me fui

a vivir a yomuerte. Eso fue hace veinte años, aunque me parece que fue ayer mismo.
¿Cuántos son ocho por ocho?

Lo estaba

Al final dejé de pensar en los tigres y regresé a la choza de Pauline. Ya pensaría en los tigres otro día. Habría muchos.

Quería pasar la noche con Pauline. Sabía que estaría preciosa durmiendo, esperando mi regreso. Lo estaba.

Un cordero en el falso amanecer

Pauline comenzó a hablar en sueños en el falso amanecer de debajo de las mantas de sandía. Contó una breve historia acerca de un cordero que se iba a dar una vuelta.

—El cordero se sentó entre las flores —dijo—. El cordero estaba estupendamente. —Y ése fue el final de la historia.

Pauline a menudo habla en sueños. La semana pasada cantó una cancioncilla. Y he olvidado cómo era.

Puse la mano en su pecho. Se agitó en el sueño. Quité la mano de su pecho y volvió a quedarse tranquila.

Estaba estupenda en la cama. Su cuerpo desprendía un delicioso olor a sueño. Quizá fue ahí donde se sentó el cordero.

El sol de sandía

Me desperté antes que Pauline y me puse el mono. Una rendija de sol gris atravesaba la ventana y se dibujaba serena en el suelo. Me acerqué y la pisé, y mi pie se quedó gris.

Miré por la ventana y ante mí aparecieron los campos, los pinares y el pueblo hasta la Olvidería. Todo estaba tocado por el gris: el ganado que pacía en los campos, los tejados de las chozas y los grandes Montículos de la Olvidería, todo parecía polvo. El aire mismo era gris.

Aquí ocurre algo interesante con el sol. Cada día brilla con un color distinto. Nadie sabe por qué ocurre, ni siquiera Charley. Cultivamos las sandías de diferentes colores lo mejor que podemos.

Lo hacemos de la siguiente manera: las semillas recogidas de una sandía gris en un día gris y plantadas en un día gris producen más sandías grises.

Realmente es muy sencillo. Los colores de los días y de las sandías son los siguientes:

Lunes: sandías rojas.

Martes: sandías doradas.

Miércoles: sandías grises.

Jueves: sandías negras y silenciosas.

Viernes: sandías blancas.

Sábado: sandías azules.

Domingo: sandías marrones.

Hoy sería un día de sandías grises. Prefiero mañana: día de sandías negras y silenciosas. Cuando las cortas no hacen ruido, y son muy dulces.

Son muy buenas para fabricar cosas que no produzcan sonido. Recuerdo un hombre que fabricaba relojes con las sandías negras y silenciosas, y sus relojes eran silenciosos.

El hombre hizo seis o siete relojes como ése y se murió.

Uno de los relojes cuelga sobre su tumba. Cuelga de las ramas de un manzano y se mece a los vientos que suben y bajan por el río. Naturalmente ya no da la hora.

Pauline se despertó mientras yo me ponía los zapatos.

—Hola —dijo frotándose los ojos—. Ya estás levantado. Me pregunto qué hora será.

—Las seis, más o menos.

—Esta mañana tengo que preparar el desayuno en yOMUERTE —dijo—. Ven aquí y dame un beso, y luego dime qué te gustaría para desayunar.

Manos

Regresamos a yOMUERTE de la mano. Las manos son algo muy bonito, sobre todo cuando vienen de hacer el amor.

Margaret otra vez, otra vez

Yo estaba sentado en la cocina de YOMUERTE, mirando cómo Pauline preparaba la masa para hacer pastelitos calientes, mi comida preferida. Mezcló mucha harina, huevos y cosas buenas en un gran cuenco azul y removi6 la mezcla con una cuchara de madera grande, casi demasiado grande para su mano.

Llevaba un vestido rojo realmente bonito y el pelo recogido en un moño sobre la cabeza, y yo me había parado a cogerle flores para el pelo cuando volvíamos por el camino.

Eran campánulas.

—Me pregunto si Margaret vendrá hoy —dijo—. Me alegrará volver a hablar con ella.

—No te preocupes —dije—. Todo se arreglará.

—Es sólo que... bueno, Margaret y yo hemos sido muy buenas amigas. Tú me gustabas desde siempre, pero pensaba que sólo seríamos amigos.

»Tú y Margaret estabais muy unidos en aquella época. Espero que todo se arregle, y que Margaret encuentre a alguien y vuelva a ser mi amiga.

—No te preocupes.

Fred entró en la cocina sólo para decir:

—Mmm... pastelitos calientes. —Y se marchó.

Fresas

Charley debía de haberse comido media docena de pastelillos él solo. Nunca le he visto comer tantos pastelillos, y Fred se comió unos cuantos más que Charley.

Era digno de verse.

También había una gran fuente de beicon, mucha leche fresca y una gran cafetera de café fuerte, y también un cuenco de fresas recién cogidas.

Una chica pasó por el pueblo y las dejó justo antes del desayuno. Una chica amable.

Pauline dijo:

—Gracias, y qué vestido tan bonito llevas esta mañana. ¿Te lo has hecho tú misma? Seguro que sí, porque es muy bonito.

—Oh, gracias —dijo la muchacha ruborizándose—. Sólo quería traer unas fresas a yomuerte para desayunar, así que me levanté muy temprano y las cogí junto al río.

Pauline se comió una de las fresas y me dio otra.

—Son unas fresas estupendas —dijo Pauline—. Debes de conocer un buen lugar donde cogerlas. Tienes que enseñarme dónde está.

—Está cerca de la estatua del colinabo que hay junto al estadio de béisbol, un poco más abajo de donde está ese puente verde tan gracioso —dijo la chica.

Tendría unos catorce años y estaba muy contenta de que sus fresas tuvieran tanto éxito en yomuerte.

Después del desayuno ya no quedaba ni una fresa, y en cuanto a los pastelillos calientes:

—Estos pastelillos calientes son una auténtica maravilla —dijo Charley.

—¿Quieres más? —preguntó Pauline.

—Tomaré otro si queda más masa.

—Hay mucha —dijo Pauline—. ¿Y tú, Fred?

—Bueno, a lo mejor me tomo otro.

El maestro de escuela

Después de desayunar dejé a Pauline lavando los platos y me fui con Fred a la Sandería porque quería enseñarme algo de la prensa de madera.

Fuimos dando un largo paseo, sin prisas, bajo el sol gris de la mañana. Parecía que fuera a llover, pero naturalmente no llovería. La primera lluvia del año no llega hasta el 12 de octubre.

—Margaret no estaba en el pueblo esta mañana —dijo Fred.

—No, no estaba —dije.

Nos detuvimos a charlar con el maestro, que llevaba a sus alumnos a dar un paseo por el bosque. Mientras hablábamos con él, todos los niños se sentaron en la hierba que nos rodeaba, y nos quedamos allí reunidos como un círculo de champiñones o de margaritas.

—Bueno, ¿cómo va el libro? —preguntó el maestro.

—Muy bien —contesté.

—Tengo mucha curiosidad —dijo el maestro—. Siempre has tenido maña con las palabras. Aún me acuerdo de aquella redacción que escribiste sobre las estaciones cuando estabas en sexto. Era estupenda.

»Tu descripción de las nubes invernales era muy exacta y conmovedora al mismo tiempo, y poseía un gran contenido poético. Sí, tengo mucho interés en leer tu libro. ¿Puedes darnos alguna pista acerca de qué trata?

Mientras tanto, Fred parecía muy aburrido. Fue a sentarse con los niños. Comenzó a hablar de algo con un chico.

—¿Has ampliado tu redacción sobre las estaciones o el libro trata de otra cosa?

El chico estaba muy interesado en lo que Fred le decía. Otros dos chicos se les acercaron.

—Bueno, voy improvisando —contesté—. Es muy difícil hablar del libro. Pero serás uno de los primeros a quien se lo enseñe cuando esté acabado.

—Siempre he tenido fe en ti como escritor —dijo el maestro—. Durante mucho tiempo pensé en escribir yo también un libro, pero la enseñanza me absorbe demasiado tiempo.

Fred sacó algo del bolsillo. Se lo enseñó el chico. Este lo miró y se lo pasó a otro niño.

—Sí, pensé en escribir un libro sobre la enseñanza, pero hasta ahora he estado demasiado ocupado enseñando y no he podido escribir. Pero me resulta muy esperanzador que uno de mis antiguos y mejores alumnos lleve la gloriosa enseña de algo que yo no he podido hacer por estar demasiado ocupado. Buena suerte.

—Gracias.

Fred volvió a meterse aquella cosa en el bolsillo y el maestro hizo que todos los niños volvieran a ponerse en pie, y regresaron al bosque.

Les estaba hablando de algo muy importante. Lo sé porque me señaló y luego señaló una nube que el viento empujaba sobre nuestras cabezas.

Bajo la prensa de madera

Mientras nos acercábamos a la Sandería, el viento se iba llenando del dulce olor del azúcar que había en las cubas. Había grandes capas, franjas y formas de azúcar endureciéndose al sol: azúcar rojo, azúcar dorado, azúcar gris, azúcar negro y silencioso, azúcar blanco, azúcar azul y azúcar marrón.

—El azúcar tiene muy buen aspecto —dijo Fred.

—Sí.

Saludé con la mano a Ed y a Mike, cuyo trabajo es mantener a los pájaros alejados del azúcar. Me devolvieron el saludo y uno de ellos se puso a perseguir un pájaro.

En la Sandería trabajan más o menos una docena de personas, y entramos. Había grandes fuegos bajo las dos cubas, y Peter echaba leña a uno de ellos. Se le veía acalorado y sudoroso, pero ése era su estado natural.

—¿Cómo va el azúcar? —pregunté.

—Muy bien —contestó—. Mucho azúcar. ¿Cómo van las cosas por yomuerte?

—Bien —respondí.

—¿Qué me han contado de Pauline y tú?

—Habladurías —dije.

Me gusta Pete. Hace años que somos amigos. Cuando yo era niño venía a la Sandería y ayudaba a alimentar los fuegos.

—Apuesto a que Margaret está furiosa —dijo—. He oído que está sufriendo mucho. Eso es lo que dice su hermano. Que está desconsolada.

—No sé nada de eso —dije.

—¿Para qué has venido? —preguntó.

—Sólo he venido a echar un trozo de leña al fuego —dije.

Cogí un gran nudo de pino y lo eché al fuego bajo una cuba.

—Igual que en los viejos tiempos —dijo.

El capataz salió de su despacho y se les acercó. Parecía un poco cansado.

—Hola, Edgar —saludé.

—Hola —dijo él—. ¿Cómo te va? Buenos días, Fred.

—Buenos días, jefe.

—¿Qué te trae por aquí? —quiso saber Edgar.

—Fred quiere enseñarme algo.

—¿Qué es, Fred? —dijo Edgar.

—Es algo privado, jefe.

—Ah. Bueno, pues enséñaselo.

—Lo haré, jefe.

—Siempre me alegra verte por aquí —me dijo Edgar.

—Pareces un poco cansado —dije.

—Sí, anoche me acosté tarde.

—Bueno, pues procura dormir esta noche —dije.

—Eso es lo que pienso hacer. En cuanto salga del trabajo me voy directamente a la cama. No creo ni que cene, picaré cualquier cosa.

—Te conviene dormir —dijo Fred.

—Supongo que será mejor que vuelva a la oficina —dijo Edgar—. Tengo un poco de papeleo. Te veo luego.

—Sí, adiós, Edgar.

El capataz volvió a su despacho, y acompañé a Fred hasta la prensa de madera. Ahí es donde fabricamos los tablones de sandía. Hoy fabricaban tablones dorados.

Fred es el ayudante del capataz, y el resto de la cuadrilla ya estaba allí, sacando las tablas.

—Buenos días —dijo la cuadrilla.

—Buenos días —dijo Fred—. Haremos esto en un momento.

Uno de los miembros de la cuadrilla apagó el interruptor y Fred me hizo acercarme mucho, nos pusimos a cuatro patas y gateamos bajo la prensa hasta que llegamos a un lugar muy oscuro, y entonces encendió una cerilla y me enseñó un murciélago que colgaba boca abajo de la estructura de la prensa.

—¿Qué te parece? —preguntó Fred.

—Sí —dije mirando el murciélago.

—Me lo encontré aquí hace un par de días. ¿No es lo más increíble que has visto? —preguntó.

—Si no lo es, no le falta mucho —dije.

Hasta el almuerzo

Después de haber admirado el murciélago de Fred y de salir a rastras de debajo de la prensa de madera, le dije que tenía que ir a mi choza a trabajar un poco: plantar algunas flores y otras cosas.

—¿Almorzarás en yomuerte? —preguntó.

—No, creo que más tarde iré a tomar algo al café del centro. ¿Por qué no vienes conmigo, Fred?

—Muy bien —respondió—. Creo que hoy sirven frankfurts y chucrut.

—Eso fue ayer —dijo uno de la cuadrilla.

—Tiene razón —dijo Fred—. Hoy sirven fiambre de carne. ¿Qué te parece?

—Estupendo —dije—. Entonces nos vemos para almorzar. A eso de las doce.

Dejé a Fred supervisando la prensa de madera mientras unos grandes tablones dorados de azúcar de sandía bajaban por la cadena. Los productos de la Sandería borboteaban y se secaban, dulces y amables, bajo el cálido sol gris.

Y Ed y Mike perseguían pájaros. Mike ahuyentaba un petirrojo.

Las tumbas

Mientras volvía a mi choza decidí bajar al río donde estaban colocando una nueva tumba y contemplar las truchas, que, presas de una gran curiosidad, siempre se reúnen cuando se coloca una tumba.

Crucé el pueblo. Estaba más o menos tranquilo, sólo había unas cuantas personas por la calle. Vi a Doc Edwards, que iba a alguna parte con su maletín, y le saludé con la mano.

Él me devolvió el saludo e hizo un gesto como para indicar que tenía un recado muy importante que hacer. Probablemente alguien estaba enfermo. Le hice señas para que siguiera adelante.

En el porche delantero del hotel había un par de ancianos sentados en sus mecedoras. Uno de ellos se mecía, y el otro estaba dormido. El que dormía tenía un periódico en el regazo.

Pude oler el pan cociéndose en la panadería, y había dos caballos atados delante del almacén. Me di cuenta de que uno de los caballos era de YOMUERTE.

Salí del pueblo y pasé junto algunos árboles que estaban en la linde de un pequeño sandiar. De los árboles colgaba musgo.

Una ardilla trepó por las ramas de un árbol. Le faltaba la cola. Me pregunté qué le habría pasado a la cola. Supuse que la habría perdido en alguna parte.

Me senté en un sofá junto al río. Había una estatua de hierba junto al sofá. Las briznas estaban hechas de cobre y el peso de muchos años de lluvia les había devuelto su color natural.

Había cuatro o cinco hombres colocando la tumba. Eran los Sepultureros. Estaban colocando la tumba en el lecho del río. Así es como enterramos aquí a nuestros muertos. Naturalmente, utilizábamos muchas menos tumbas cuando proliferaban los tigres.

Pero ahora los enterramos a todos en ataúdes de cristal en los lechos de los ríos y colocamos fuegos fatuos en las tumbas, así brillan por la noche y podemos apreciar lo que va ocurriendo.

Vi un grupo de truchas reunidas para contemplar cómo colocaban la tumba. Eran unas bonitas truchas arco iris. A lo mejor había cien en un espacio muy reducido del río. Las truchas sentían gran curiosidad por esos manejos, y muchas de ellas se reunían para observarlos.

Los Sepultureros habían practicado el Pozo en el río y la bomba estaba en marcha. Ahora estaban insertando el cristal. Pronto la tumba estaría completa, se abriría la puerta cuando hiciera falta y alguien entraría y se quedaría allí durante

siglos.

La Imponente Trucha Anciana

Vi una trucha que conozco desde hace mucho tiempo. Observaba cómo colocaban la tumba. Era la Imponente Trucha Anciana, que de pequeña había crecido en el criadero de YOMUERTE. Lo sabía porque llevaba la pequeña campanilla de YOMUERTE pegada a la mandíbula. Es muy vieja, pesa muchas libras y se mueve lentamente con sabiduría.

La Imponente Trucha Anciana generalmente pasa casi todo el tiempo río arriba, junto a la Estatua de los Espejos. En el pasado me he quedado muchas horas contemplando esta trucha en el profundo remanso que hay allí. Supongo que había sentido curiosidad por esa tumba en concreto y había bajado a ver cómo la colocaban.

Todo eso me dio que pensar, pues la Imponente Trucha Anciana generalmente demuestra muy poco interés en observar cómo colocan las tumbas. Supongo que porque lo ha visto muchas veces.

Recuerdo una vez que estaban colocando una tumba un poco más abajo de la Estatua de los Espejos, y esa trucha no se movió ni un centímetro en todos los días que tardaron, pues fue una tumba muy difícil de instalar.

La tumba se desplomó justo antes de que la acabaran. Charley bajó y negó tristemente con la cabeza, y hubo que levantar la tumba otra vez.

Pero ahora la trucha observaba muy atentamente cómo colocaban esa tumba. Se mantenía a casi un palmo del fondo y a unos tres metros del Pozo.

Bajé y me acuclillé junto al río. Mi proximidad no asustó en absoluto a la trucha. La Imponente Trucha Anciana me observó con curiosidad.

Creo que me reconoció, pues se me quedó mirando un par de minutos, y a continuación siguió contemplando cómo instalaban la tumba y el trabajo final de colocación del cristal.

Me quedé un buen rato junto al río, y cuando me fui para volver a mi choza, la Imponente Trucha Anciana se dio la vuelta y se me quedó mirando. Creo que cuando desaparecí de su campo de visión, todavía seguía mirando.

**Libro segundo
enHERVOR**

Nueve cosas

Fue agradable volver a estar en mi choza, pero en la puerta había una nota de Margaret. Leí la nota, no me gustó y la tiré, para que ni siquiera el tiempo pudiera encontrarla.

Me senté a mi mesa y miré por la ventana en dirección a yOMUERTE. Tenía que hacer unas cuantas cosas con la pluma y la tinta; las hice rápidamente y sin equivocarme, y las dejé escritas en tinta de semilla de sandía sobre esas hojas de madera de olor dulce que hace Bill en el tejár.

Entonces se me ocurrió plantar algunas flores junto a la estatua de la patata; quedaría bien un círculo de flores alrededor de esa patata de más de dos metros de alto.

Fui a recoger algunas semillas del arcón donde guardo mis cosas, y me di cuenta de que todo estaba revuelto, de manera que antes de plantar las semillas volví a ponerlo todo en orden.

Tengo nueve cosas, más o menos: una pelota de niño (no recuerdo de qué niño), un regalo que me hizo Fred hace nueve años, mi redacción sobre las estaciones, algunos números (1-24), un par de monos de repuesto, un trozo de metal azul, algo de la Olvidería, y un mechón de pelo que necesita un lavado.

Saqué las semillas porque iba ponerlas en el suelo, alrededor de la patata. Tengo unas cuantas cosas más que guardo en mi habitación de yOMUERTE. Tengo una bonita habitación allí, delante del criadero de truchas.

Salí y planté las semillas alrededor de la patata, y de nuevo me puse a pensar a quién podían gustarle tanto las verduras, y dónde estaría enterrado, bajo qué río, o si un tigre se lo habría comido hacía mucho tiempo, y la hermosa voz del tigre habría dicho: «Me gustan muchísimo tus estatuas, sobre todo el colinabo que hay junto al estadio de béisbol, pero, ay...».

Margaret otra vez, otra vez, otra vez

Pasé una media hora caminando arriba y abajo por el puente, pero no conseguí encontrar la tabla que Margaret siempre pisaba, esa tabla que no evitaría ni aunque todos los puentes del mundo se juntaran y formaran un solo puente. Ella seguiría pisando esa tabla.

Una siesta

De repente me sentí muy cansado y decidí echarme una siesta antes del almuerzo; entré en la choza y me tendí en la cama. Miré el techo, las vigas de azúcar de sandía. Me puse a mirar las vetas y pronto me quedé dormido.

Tuve un par de sueños cortos. En uno aparecía una polilla. La polilla estaba en equilibrio sobre una manzana.

Luego tuve un sueño largo, que de nuevo fue la historia de enHERVOR y su banda, y las terribles cosas que sucedieron hace sólo unos meses.

Whisky

enHERVOR y su banda vivían en un pequeño grupo de repugnantes chozas con goteras cerca de la Olvidería. Vivieron allí hasta que murieron. Creo que eran unos veinte. Todos hombres, igual que enHERVOR, y todos eran de la piel del diablo.

Al principio el único que vivía allí era enHERVOR. Una noche tuvo una gran pelea con Charley y le dijo que se fuera al infierno y que prefería vivir junto a la Olvidería que en yOMUERTE.

—Al infierno con yOMUERTE —dijo, y se construyó una asquerosa choza junto a la Olvidería.

Se pasaba el día cavando y fabricando whisky con cualquier cosa.

Entonces vinieron un par de hombres más y se le unieron, y de vez en cuando, muy esporádicamente, se les añadía otro. Siempre te dabas cuenta de quién iba a ser.

Antes de unirse a la banda de enHERVOR, siempre se sentían infelices y nerviosos, eran deshonestos o tenían «los dedos ligeros» y hablaban mucho de cosas que la gente no entendía ni quería entender. Se ponían cada vez más nerviosos sin motivo, y al final te enterabas de que se habían unido a la banda de enHERVOR y ahora trabajaban con él en la Olvidería, y enHERVOR les pagaba con el whisky que hacía con las cosas olvidadas.

Más Whisky

enHERVOR tendría unos cincuenta años, imagino, y había nacido y se había criado en yOMUERTE. Recuerdo haber estado sentado sobre sus rodillas de niño, y que me había contado historias. Sabía algunas bastante buenas... y Margaret estaba allí.

Luego se volvió malo. Eso pasó hace un par de años. Siempre se enfadaba por cosas sin importancia y se iba solo al criadero de truchas de yOMUERTE.

Comenzó a pasar mucho tiempo en la Olvidería, y Charley le preguntaba a qué se dedicaba, y enHERVOR le decía:

—Ah, nada. Sólo estoy allí solo.

—¿Y qué cosas encuentras cuando cavas por allí?

—Ah, nada —mentía enHERVOR.

Se distanció mucho de la gente y luego comenzó a hablar de una manera extraña, arrastrando las sílabas, y se movía de una manera espasmódica, tenía mal genio, y por las noches pasaba muchas horas en el criadero de truchas, y a veces se reía en voz alta y oías esa enorme carcajada que era ahora su manera de reír resonando por habitaciones y pasillos, y dentro del mismísimo cambio de yOMUERTE: la manera indescriptible en que cambia y que tanto nos gusta, que tanto nos va.

La gran pelea

La gran pelea entre enHERVOR y Charley ocurrió una noche durante la cena. Cuando sucedió, Fred me estaba pasando el puré de patatas.

Hacía semanas que aquella pelea se veía venir. Las carcajadas de enHERVOR eran cada vez más fuertes y por las noches casi no se podía dormir.

enHERVOR estaba siempre borracho, y no escuchaba a nadie bajo ningún concepto, ni siquiera a Charley. Ni siquiera escuchaba a Charley. Le dijo a Charley que se ocupara de sus asuntos.

—Ocúpate de tus asuntos.

Una tarde, Pauline, que acababa de tener un niño, lo encontró medio inconsciente en la bañera, cantando canciones obscenas. Se asustó, y él tenía en la mano una botella de ese brebaje que preparaba allí en la Olvidería. Despedía un olor horrible, e hicieron falta tres hombres para sacarlo de la bañera y meterlo en la cama.

—Aquí tienes el puré de patatas —dijo Fred.

Estaba poniéndome una cucharada grande de puré en mi plato para empapararlo con el resto de salsa que me quedaba cuando enHERVOR, que no había probado el pollo frito que se le enfriaba delante, se volvió hacia Charley y le dijo:

—¿Sabes qué es lo malo de este lugar?

—No, ¿qué es lo malo, enHERVOR? Parece que últimamente lo sabes todo. Dímelo.

—Te lo diré. Este sitio es una mierda. Esto no es yOMUERTE ni nada. Esto no es más que producto de vuestra imaginación. Todos los que estáis aquí no sois más que una pandilla de idiotas, haciendo el idiota en vuestra idiota yOMUERTE.

»yOMUERTE... Ja, no me hagas reír! Este sitio no es más que una sandez. No reconocerías yOMUERTE ni aunque se te acercara y te mordiera.

»Sé más de yOMUERTE que todos vosotros, muchachos, y sobre todo más que Charley, que se cree alguien especial. Mi dedo meñique sabe más de yOMUERTE que todos vosotros.

»No tenéis ni la menor idea de qué pasa aquí. Yo lo sé. Yo lo sé. Yo lo sé. Al infierno con vuestra yOMUERTE. He olvidado más cosas de yOMUERTE de las que todos vosotros sabréis nunca. Me voy a vivir a la Olvidería. Vosotros os podéis quedar en esta ratonera.

enHERVOR se levantó, tiró su pollo frito al suelo y salió tronando del lugar, con un paso muy inestable. Hubo un silencio de asombro en la mesa y nadie pudo decir nada durante mucho rato.

Entonces Fred dijo:

—No te sientas mal, Charley. Mañana estará sobrio y todo será diferente. Es sólo que vuelve a estar borracho, pero en cuanto esté sobrio se encontrará mejor.

—No, creo que se ha ido para siempre —dijo Charley—. Espero que todo sea para bien.

Charley parecía muy triste y todos nos pusimos tristes, porque enHERVOR era el hermano de Charley. Nos quedamos sentados mirando nuestra comida.

Tiempo

Pasaron los años y enHERVOR siguió viviendo junto a la Olvidería, y fue reuniendo lentamente una banda de hombres que eran iguales que él, creían en las mismas cosas que él, se comportaban igual que él, cavaban en la Olvidería y bebían whisky destilado de las cosas que encontraban.

A veces hacían que a alguno de la banda se le pasara la borrachera y lo mandaban al pueblo para vender cosas olvidadas que eran especialmente hermosas o curiosas, o libros que en aquella época utilizábamos como combustible, porque había millones de ellos desperdigados por la Olvidería.

Compraban pan y comida y más cosas a cambio de las cosas olvidadas, y así vivían sin tener que hacer nada más que cavar y beber.

Margaret se convirtió en una joven muy hermosa y siempre estábamos juntos. Un día Margaret vino a mi choza.

Supe que era ella antes incluso de que entrara porque la oí pisar la tabla que siempre pisa, y eso me gustó y me provocó un hormigueo en el estómago parecido al de una campana entreabierta.

Llamó a la puerta.

—Entra, Margaret —dije.

Entró y me besó.

—¿Qué haces hoy? —dijo.

—Tengo que ir a yOMUERTE y trabajar en mi estatua.

—¿Todavía trabajas en esa campana? —preguntó.

—Sí —contesté—. La cosa va bastante lenta. Me está llevando demasiado tiempo. Me alegraré cuando se acabe. Estoy harto de ella.

—¿Qué harás después? —dijo.

—No lo sé. ¿Quieres hacer algo, cielo?

—Sí —dijo—. Quiero ir a la Olvidería y hurgar por ahí.

—¿De verdad? —pregunté—. Desde luego, pasas mucho tiempo por ahí.

—Es un lugar curioso —dijo.

—Prácticamente eres la única mujer a la que le gusta ese lugar. enHERVOR y su banda ahuyentan a las demás mujeres.

—Me gusta ir allí. enHERVOR es inofensivo. Todo lo que quiere es estar borracho.

—Muy bien —dije—. No pasa nada, cielo. Ven a buscarme luego a yOMUERTE. Estaré contigo en cuanto le haya dedicado unas horas más a la campana.

—¿Vas a ir ahora? —preguntó.

—No, antes tengo unas cuantas cosas que hacer aquí.

—¿Puedo ayudarte? —dijo Margaret.

—No, son unas pocas cosas que tengo que hacer solo.

—Muy bien, pues. Nos vemos.

—Primero dame un beso —dije.

Se me acercó, la estreché entre mis brazos con fuerza y la besé en la boca, y ella se marchó riendo.

La campana

Al cabo de un rato fui a yomuerte y trabajé en la campana. No me estaba saliendo nada, y al final simplemente me quedé sentado allí en una silla, contemplándola.

El cincel me colgaba inerte en la mano, luego lo dejé en la mesa y, distraído, lo tapé con un trapo.

Fred entró y me vio sentado allí contemplando la campana. Se fue sin decir nada. Ni siquiera parecía una campana.

Al final vino Margaret y me rescató. Llevaba un vestido azul, una cinta en el pelo y una cesta para poner las cosas que había encontrado en la Olvidería.

—¿Cómo va? —preguntó.

—Está acabada —dije.

—Pues no parece acabada —dijo ella.

—Está acabada —dije.

Pauline

Al salir de yomuerte vimos a Charley. Estaba sentado en su sofá favorito junto al río, echándoles migas de pan a unas truchas que se habían reunido allí.

—¿Dónde vais, chicos? —preguntó.

—Sólo hemos salido a dar una vuelta —respondió Margaret antes de que yo pudiera decir nada.

—Bueno, pues que tengáis un paseo agradable —dijo—. Un día precioso, ¿verdad? Hay que ver cómo brilla este sol tan bonito, enorme y azul.

—Ya lo creo —dije.

Pauline entró en la sala, se nos acercó y se unió a nosotros.

—Hola —dijo.

—Hola.

—¿Qué quieres para cenar, Charley? —preguntó.

—Rosbif —contestó Charley en broma.

—Bueno, pues eso es lo que comerás.

—Qué sorpresa tan agradable —dijo Charley—. ¿Es mi cumpleaños?

—No. ¿Cómo estáis?

—Estamos bien —dije.

—Vamos a dar un paseo —dijo Margaret.

—Eso parece divertido. Os veo luego.

La Olvidería

Nadie sabe lo antigua que es la Olvidería, y es tan extensa que no podemos ni queremos recorrerla.

Nadie se ha adentrado mucho en la Olvidería, excepto ese tipo que según Charley escribió un libro sobre ella, y me pregunto con qué problemas se encontró al pasar allí semanas.

La Olvidería simplemente sigue y sigue y sigue y sigue y sigue y sigue y sigue y sigue y sigue y sigue. Para que os hagáis una idea. Es un lugar grande, mucho más grande que nosotros.

Margaret y yo fuimos hasta allí de la mano, pues ya salíamos juntos, bajo el sol de un día azul y unas luminosas nubes blancas que discurrían sobre nuestras cabezas.

Cruzamos muchos ríos y pasamos junto a muchas cosas, y luego vimos el sol reflejándose en los tejados del grupo de chozas con goteras de enHERVOR que hay a la entrada de la Olvidería.

Allí hay una verja. Junto a la verja está la estatua de una cosa olvidada. Encima de la verja hay un cartel que dice:

ÉSTA ES LA ENTRADA DE LA OLVIDERÍA
TENED CUIDADO
PODRÍAIS PERDEROS

Una conversación con Escoria

enHERVOR vino a saludarnos. Tenía la ropa totalmente arrugada y sucia, como todo él. Estaba hecho un desastre y borracho.

—Hola —dijo—. Otra vez por aquí, ¿eh? —añadió, dirigiéndose más a Margaret que a mí, aunque me miró al decirlo.

Esa es la clase de persona que es enHERVOR.

—Sólo estamos de visita —dije.

Eso le hizo soltar una carcajada. Un par de sus compinches salieron de las chozas y se nos quedaron mirando. Todos tenían la misma pinta que enHERVOR. Estaban hechos un desastre por culpa de lo malos que eran y por beber ese whisky que fabricaban con las cosas olvidadas.

Uno de ellos, de pelo rubio, se sentó sobre un montón de objetos desagradables y simplemente se nos quedó mirando como si fuera un animal.

—Buenas tardes, enHERVOR —dijo Margaret.

—Lo mismo te digo, guapa.

Parte de la escoria de enHERVOR se rió al oírlo, yo les lancé una dura mirada y se callaron. Uno de ellos se pasó la mano por la boca y se metió en su choza.

—Sólo quería ser sociable —dijo enHERVOR—. No te ofendas.

—Sólo hemos venido a echarle un vistazo a la Olvidería —dije.

—Bueno, pues toda tuya —dijo enHERVOR, señalando la Olvidería, que poco a poco iba alcanzando una altura cada vez mayor, hasta tal punto que los grandes montículos de cosas olvidadas eran montañas que seguían y seguían al menos durante un millón de kilómetros.

Allí

PODRÍAIS PERDEROS

y cruzamos la verja y nos metimos en la Olvidería. Margaret comenzó a hurgar buscando algo que pudiera gustarle.

En la Olvidería no crecían plantas ni vivían animales. No había ni una brizna de hierba, y los pájaros se negaban a volar sobre ese sitio.

Me senté sobre algo que parecía una rueda y me quedé mirando cómo Margaret cogía una cosa olvidada semejante a un palo y hurgaba en un pequeño montón de cosas apiñadas.

Vi algo a mis pies. Era un trozo de hielo helado que tenía la forma del dedo pulgar, pero el pulgar tenía una joroba encima.

Era un pulgar jorobado y estaba muy frío, pero comenzó a derretirse en mi mano.

La uña se derritió y entonces dejé caer aquella cosa y quedó a mis pies, y ya no siguió derritiéndose, aunque el aire no era frío y el sol calentaba y era azul en el cielo.

—¿Has encontrado algo que te guste? —pregunté.

El amo de la Olvidaría

enHERVOR se nos acercó. No me hizo demasiada gracia verle. Llevaba una botella de whisky. Tenía la nariz roja.

—¿Habéis encontrado algo que os guste? —preguntó enHERVOR.

—Todavía no —respondió Margaret.

Le lancé a enHERVOR una mirada asesina, pero le resbaló totalmente.

—Hoy he encontrado cosas realmente interesantes —dijo enHERVOR—. Justo antes de ir a comer.

¡Comer!

—Hay que adentrarse más o menos medio kilómetro. Puedo enseñaros el sitio —dijo enHERVOR.

Antes de que yo pudiera decir no, Margaret dijo que sí, y eso no me hizo muy feliz, pero ella ya se había comprometido, y yo no quería montarle una escena delante de enHERVOR para darle algo que contar a su banda y que todos se rieran.

Eso no me gustó nada.

Así que seguimos a aquel gandul borracho durante lo que, según dijo, era sólo medio kilómetro, pero que a mí me pareció uno entero, zigzagueando y ascendiendo los Montículos cada vez más arriba.

—Bonito día, ¿verdad? —dijo enHERVOR deteniéndose para recuperar el aliento junto a un enorme montón de lo que parecían latas, quizá.

—Sí, lo es —dijo Margaret, sonriendo a enHERVOR y señalando una nube que le gustaba especialmente.

Aquello realmente me desagradó: una mujer decente sonriendo a enHERVOR. No pude evitar preguntarme: ¿qué vendrá después?

Al final llegamos a ese montón de cosas que a enHERVOR le parecían tan estupendas, y por las que nos había hecho adentrarnos tanto en la Olvidaría.

—Vaya, qué cosas tan bonitas —dijo Margaret sonriendo, y se acercó a ellas y comenzó a ponerlas en la cesta, la cesta que había traído para esas cosas.

Yo me las quedé mirando y no me dijeron nada. Eran más bien feas, si queréis saber la verdad. enHERVOR se apoyó contra una cosa olvidada que era justo de su estatura.

El regreso

De vuelta a yomuerte, Margaret y yo caminamos mucho rato en silencio. No me ofrecí a llevarle la cesta.

Pesaba, y ella tenía calor y sudaba, y tuvimos que parar muchas veces para que descansara.

Nos sentamos en un puente. El puente estaba hecho de piedras recogidas lejos de allí y colocadas en el orden apropiado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Margaret—. ¿Qué he hecho?

—No pasa nada. No has hecho nada.

—Entonces, ¿por qué estás enfadado conmigo?

—No estoy enfadado contigo.

—Sí que lo estás.

—No, no lo estoy.

Algo está a punto de suceder

Al mes siguiente ocurrió y nadie lo vio venir. ¿Cómo podíamos imaginar que se le iba ocurrir algo así a enHERVOR?

Habíamos tardado años en superar lo de los tigres y las terribles cosas que nos habían hecho. ¿Por qué alguien iba a querer hacer otra cosa así? No lo sé.

Durante las semanas antes de que ocurriera, todo fue normal en yOMUERTE. Comencé a trabajar en otra estatua y Margaret siguió yendo a la Olvidería.

La estatua no iba bien, y al cabo de poco rato me iba a yOMUERTE y simplemente me quedaba allí, mirándola. No me estaba saliendo bien, cosa que tampoco era ninguna novedad. Nunca había tenido mucha suerte con las estatuas. Estaba pensando en conseguir un empleo en la Sandería.

A veces Margaret iba a la Olvidería sola. Eso me preocupaba. Era muy guapa, y enHERVOR y su banda eran muy feos. A saber lo que se les podía llegar a ocurrir.

¿Por qué Margaret siempre quería ir allí?

Rumores

A finales de mes comenzaron a llegar extraños rumores de la Olvidería, rumores de que enHERVOR estaba lanzando graves acusaciones contra yOMUERTE.

Corrían rumores de que despotricaba diciendo que en yOMUERTE lo habíamos hecho todo mal, y que él sabía cómo había que hacer las cosas, y luego decía que llevábamos mal el criadero de truchas. Era una vergüenza.

Imaginaos a enHERVOR diciendo cualquier cosa de nosotros, haciendo correr el rumor de que éramos unos mariquitas y luego algo acerca de los tigres que nadie entendía.

Algo acerca de que los tigres eran algo bueno.

Una tarde acompañé a Margaret a la Olvidería. Yo no quería ir, pero tampoco quería que fuera sola.

Ella quería recoger más cosas para su colección de olvidados. Ya tenía más cosas de las necesarias.

Había llenado su choza y su habitación en yOMUERTE con esas cosas. Incluso quería guardar algunas en mi choza. Yo dije NO.

Le pregunté a enHERVOR qué estaba pasando. Él estaba borracho, como siempre, rodeado de su pandilla de gandules.

—Vosotros no tenéis ni idea de lo que es yOMUERTE. Pronto os lo enseñaré. Lo que es realmente yOMUERTE —dijo enHERVOR.

»Sois una pandilla de mariquitas. Sólo los tigres tienen agallas. Os lo voy a enseñar. Os lo vamos a enseñar a todos. —Esto último lo dijo dirigiéndose a su banda.

Todos le vitorearon y levantaron sus botellas de whisky bien arriba, hacia el sol rojo.

Otra vez de vuelta

—¿Por qué vas allí? —pregunté.

—Porque me gustan las cosas olvidadas. Las colecciono. Quiero tener una colección. Creo que son chulas. ¿Qué tiene de malo?

—¿Qué quieres decir con eso de que qué tiene de malo? ¿Es que no has oído lo que ese gandul borracho ha dicho de nosotros?

—¿Y qué tiene eso que ver con las cosas olvidadas? —dijo.

—Pues que ellos se las beben.

La cena de aquella noche

Aquella noche, durante la cena, en yOMUERTE reinó un ambiente de inquietud. Todo el mundo jugueteaba con la comida. Al había preparado un estofado de zanahorias. Estaban buenas, mezcladas con miel y especias, pero nadie les prestó mucha atención.

Todo el mundo estaba preocupado por enHERVOR. Pauline no tocó su plato. Ni tampoco Charley. Lo más extraño, sin embargo: Margaret comió como un caballo.

Después de un silencio bastante largo, Charley dijo por fin:

—No sé qué va a ocurrir. Parece serio. Durante mucho tiempo he temido que algo así fuera a suceder, desde que enHERVOR se interesó por la Olvidería y se puso a destilar whisky, y muchos hombres se fueron allí a llevar esa clase de vida.

»Sabía que algo iba a suceder. Se viene gestando desde hace mucho tiempo, y ahora parece que ha llegado la hora. O llegará pronto. Quizá mañana. ¿Quién sabe?

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Pauline—. ¿Qué podemos hacer?

—Tan sólo esperar —dijo Charley—. Eso es todo. No podemos amenazarlos ni defendernos hasta que no hayan hecho algo, y quién sabe qué van a hacer. No nos lo dirán.

»Ayer por la mañana bajé allí y le pregunté a enHERVOR qué estaba tramando, y me dijo que pronto lo veríamos. Que nos enseñarían qué era realmente yOMUERTE, no esa cosa falsa que tenemos. ¿Qué sabes de todo esto, Margaret? Últimamente pasas mucho tiempo ahí abajo.

Todos se la quedaron mirando.

—Yo no sé nada. Sólo voy allí a buscar cosas olvidadas. No me cuentan nada. Siempre son muy amables conmigo.

Todos se esforzaron por no apartar la mirada de Margaret, pero no pudieron contenerse y la apartaron.

—Pase lo que pase, lo afrontaremos —dijo Fred, rompiendo el silencio—. Hagan lo que hagan esos gandules borrachos, les plantaremos cara.

—Puedes estar seguro —dijo el viejo Chuck, aunque era muy viejo.

—Tienes razón —contestó Pauline—. Podemos enfrentarnos a ellos. Nosotros vivimos en yOMUERTE.

Margaret siguió comiendo sus zanahorias como si nada hubiera ocurrido.

Pauline otra vez

Yo estaba muy enfadado con Margaret.

Ella quería dormir conmigo en yOMUERTE, pero yo le contesté:

—NO, quiero volver a mi choza y estar solo.

Eso la ofendió mucho y se fue al criadero de truchas. Me dio igual. Su comportamiento durante la cena me había indignado.

Cuando salía de yOMUERTE me encontré con Pauline en la sala. Llevaba un cuadro que iba a colgar en la pared.

—Hola —dije—. Qué cuadro tan bonito llevas. ¿Lo has pintado tú?

—Sí.

—Es estupendo.

El cuadro representaba yOMUERTE mucho tiempo atrás, durante uno de sus muchos cambios.

El cuadro tenía la misma apariencia que había tenido yOMUERTE.

—No sabía que pintaras —dije.

—Sólo en mi tiempo libre.

—Es un cuadro realmente precioso.

—Gracias.

Pauline se sonrojó un poco. Nunca la había visto sonrojarse, o a lo mejor no me acordaba. Era algo que la favorecía.

—Crees que todo irá bien, ¿verdad? —preguntó, cambiando de tema.

—Sí —dije—. No te preocupes.

Caras

Me fui de YOMUERTE y tomé el camino que llevaba a mi choza. De repente la noche se volvió muy fría y las estrellas brillaban como el hielo. Ojalá hubiera llevado conmigo mi chaquetón. Seguí subiendo por el camino hasta que vi los faroles de los puentes.

Eran los faroles que representaban un niño hermoso y una trucha en el puente verdadero, y las farolas en forma de tigre del puente abandonado.

Apenas era visible la estatua de alguien a quien habían matado los tigres, pero nadie sabía quién era. Los tigres habían matado a mucha gente hasta que matamos al último, quemamos su cadáver en YOMUERTE y construimos el criadero de truchas justo en ese mismo sitio.

La estatua se erguía en el río, junto a los puentes. Tenía un aspecto triste, como si no quisiera ser la estatua de alguien muerto por los tigres hacía mucho tiempo.

Me detuve y me quedé mirando a lo lejos. Pasó un rato y me dirigí al puente. Recorrí el oscuro túnel del puente verdadero cubierto, pasé junto a las caras relucientes y me adentré en el bosque de pinos rumbo a mi choza.

Choza

Me detuve en el puente que llevaba hasta mi choza. Era agradable estar encima de él, pues estaba hecho de todas las cosas que me gustan, las cosas que son buenas para mí. Me quedé mirando a mi madre. Ahora no era más que otra sombra en la noche, pero antaño había sido una buena mujer.

Entré en la choza y encendí mi farol con una cerilla de quince centímetros. El aceite de truchasandía ardió con una hermosa luz. Era un aceite magnífico.

Cuando es el momento propicio mezclamos el azúcar de sandía con el jugo de trucha y yerbas especiales para preparar este magnífico aceite que utilizamos para iluminar nuestro mundo.

Tenía mucho sueño, pero no ganas de dormir. Cuanto más sueño tenía, menos ganas tenía de dormir. Me quedé echado en la cama mucho rato sin quitarme la ropa, dejé el farol encendido y me quedé mirando las sombras de la habitación.

A pesar de los presagios de que pronto ocurriría algo malo que nos afectaría a todos, las sombras eran bastante hermosas. Ahora tenía tanto sueño que mis ojos se negaban a cerrarse. Los párpados estaban petrificados. Eran estatuas de ojos.

La chica del farol

Al final ya no soporté más quedarme en la cama sin dormir. Me fui a dar uno de mis paseos nocturnos. Me puse el chaquetón rojo para no tener frío. Supongo que los problemas que tengo para dormir son lo que me hace dar estos paseos.

Caminé junto al acueducto. Es un buen lugar para pasear. El acueducto tiene ocho kilómetros de largo, pero no sabemos por qué, pues hay agua en todas partes. Debe de haber doscientos o trescientos ríos.

Ni siquiera Charley tiene la menor idea de por qué construyeron el acueducto.

—A lo mejor hace mucho tiempo iban escasos de agua, y por eso lo construyeron. No lo sé. No me preguntes.

Una vez soñé que el acueducto era un instrumento musical lleno de agua y campanillas que colgaban de unas pequeñas cadenas de sandía que quedaban justo en la superficie del agua, y que el agua hacía sonar las campanillas.

Le conté el sueño a Fred y me dijo que no le parecía un mal sueño.

—Hacían una música realmente hermosa —dijo.

Seguí caminando un rato junto al acueducto, y luego me quedé inmóvil bastante tiempo allí donde el acueducto cruza el río, junto a la Estatua de los Espejos. Veía la luz que brotaba de todas las tumbas colocadas dentro del río. Es uno de los lugares de enterramiento preferidos.

Subí por una escalera de mano que hay en una de las columnas y me senté al borde del acueducto, a unos seis metros de altura, con las piernas colgando sobre el borde.

Me quedé allí bastante rato sin pensar en nada y sin darme cuenta de nada. No quería. La noche iba pasando y yo seguía sentado en el acueducto.

Entonces vi un farol a lo lejos saliendo del bosque de pinos. El farol discurrió por un camino y a continuación cruzó los puentes y pasó por unos sandiares; a veces se detenía junto a los caminos, primero en uno y luego en otro.

Sabía a quién pertenecía el farol. Lo llevaba en la mano una chica. La había visto muchas veces antes de comenzar a dar paseos nocturnos, a lo largo de los años.

Pero nunca había visto a la chica de cerca y no sabía quién era. Sabía que más o menos se parecía a mí. Y que a veces, por las noches, le costaba dormir.

Siempre me consolaba verla. Nunca había intentado averiguar quién era siguiéndola ni diciéndole a nadie que la había visto por la noche.

De una manera curiosa, era mía y me consolaba verla. Creía que era muy guapa, pero no sabía de qué color tenía el pelo.

Pollos

La chica del farol se había ido hacía horas. Bajé del acueducto y estiré las piernas. Regresé a yomuerte al alba de un sol dorado que nos traería no sabía el qué de enhervor y su banda. Lo único que podíamos hacer era esperar.

El campo comenzaba a despertar. Vi a un granjero que iba a ordeñar sus vacas. Me saludó al verme. Llevaba puesto un sombrero curioso.

Los gallos comenzaban a cacarear. Las trompetas de sus picos sonaban fuerte y llegaban lejos. Aparecí en yomuerte justo antes de que saliera el sol.

Cerca de yomuerte había un par de pollos blancos que se le habían escapado a un granjero y picoteaban el suelo. Se me quedaron mirando y a continuación huyeron. Acababan de escaparse. Te dabas cuenta porque sus alas no funcionaban como las de los pájaros de verdad.

Beicon

Después de un buen desayuno de pastelitos calientes y huevos revueltos con beicon, enHERVOR y su banda llegaron borrachos a yOMUERTE, y entonces empezó todo.

—Qué desayuno tan estupendo —le dijo Fred a Pauline.

—Gracias.

Margaret no estaba. No sé dónde estaba. Sin embargo, Pauline sí que estaba. Tenía buen aspecto y llevaba un bonito vestido.

Entonces oímos sonar la campanilla de la puerta principal. El viejo Chuck dijo que oía voces pero era imposible oír voces a esa distancia.

—Iré a abrir —dijo Al.

Se levantó, salió de la cocina y recorrió el pasillo que iba por debajo del río hasta la sala.

—Me pregunto quién será —dijo Charley.

Yo creo que Charley ya lo sabía, porque dejó el tenedor sobre la mesa y apartó el plato.

Había acabado el desayuno.

Al volvió al cabo de unos minutos. Tenía un aspecto extraño y preocupado.

—Es enHERVOR —dijo—. Quiere verte, Charley. Quiere vernos a todos.

Ahora todos teníamos un aire extraño y preocupado.

Nos pusimos en pie, recorrimos el pasillo que pasa por debajo del río y llegamos a la sala, justo al lado del cuadro de Pauline. Salimos al porche delantero de yOMUERTE y ahí estaba esperando enHERVOR, borracho.

Preludio

—Vosotros os creéis que sabéis algo de yomuerte. No sabéis nada de yomuerte. No tenéis ni idea de lo que es yomuerte —dijo enhervor, y a continuación los de esa banda suya soltaron una descomunal carcajada, todos tan borrachos como él.

—Nada de nada, maldita sea. No sois más que una mascarada. —Y de nuevo se oyó una descomunal carcajada.

—Vamos a enseñaros qué es de verdad yomuerte. —Y de nuevo se oyó otra carcajada descomunal.

—¿Qué sabes tú que nosotros no sepamos? —dijo Charley.

—Deja que os lo enseñemos. Dejadnos entrar en el criadero de truchas y os enseñaremos un par de cosas. ¿Os da miedo saber cosas de yomuerte? ¿De lo que significa realmente? ¿De la farsa en que la habéis convertido? Todos vosotros. Y tú, Charley, más que el resto de los otros payasos.

—Vamos, pues —dijo Charley—. Enseñanos lo que es yomuerte.

Un intercambio de palabras

enHERVOR y su banda entraron tambaleándose en yOMUERTE.

—Vaya porquería —dijo uno de ellos.

Tenía los ojos enrojecidos a causa de ese brebaje que preparaban y bebían en grandes cantidades.

Cruzamos el puente de metal que se esparranca sobre el pequeño río de la sala y continuamos por el pasillo que conduce al criadero de truchas.

Uno de los miembros de la banda de enHERVOR estaba tan borracho que se cayó y los demás lo recogieron. Casi tuvieron que llevarlo en volandas, de tan borracho que estaba. No dejaba de repetir una y otra vez:

—¿Cuándo vamos a llegar a yOMUERTE?

—Estás en yOMUERTE.

—¿Qué es esto?

—yOMUERTE.

—Ah. ¿Cuándo vamos a llegar a yOMUERTE?

A Margaret no se la veía por ninguna parte. Yo caminaba junto a Pauline para protegerla un poco de enHERVOR y su escoria. enHERVOR la vio y se acercó. Llevaba un mono que parecía no haber lavado nunca.

—Hola, Pauline —dijo—. ¿Cómo lo llevas?

—Eres asqueroso —contestó ella.

enHERVOR soltó una carcajada.

—Cuando te vayas fregaré el suelo —dijo Pauline—. Todo lo que pisas queda asqueroso.

—No seas así —dijo enHERVOR.

—¿Y cómo debería ser? —preguntó Pauline—. Mírate.

Yo me había acercado para proteger a Pauline de enHERVOR, y ahora casi tuve que interponerme entre ambos. Pauline estaba muy furiosa. Nunca había visto a Pauline furiosa. Era todo un carácter.

enHERVOR volvió a reírse y a continuación se apartó de ella, se acercó a Charley y se quedó a su lado. Charley tampoco parecía muy feliz de verlo.

Era extraña aquella procesión que recorría el pasillo.

—¿Cuándo vamos a llegar a yOMUERTE?

El criadero de truchas

El criadero de truchas de yomuerte se construyó hace años, cuando se mató y quemó al último tigre en ese lugar. Construimos el criadero de truchas allí mismo. Las paredes se levantaron en torno a las cenizas.

El criadero es pequeño, pero fue proyectado con gran esmero. Las cubetas y los estanques están hechos de azúcar de sandía y piedras recogidas a gran distancia y colocadas siguiendo el orden de esa distancia.

El agua del criadero procede del riachuelo que luego desemboca en el río principal en la sala. El azúcar utilizado es dorado y azul.

Hay dos personas enterradas en el fondo de los estanques del criadero. Si te fijas, debajo de las truchas jóvenes puedes verlas en el interior de sus ataúdes, con los ojos muy abiertos al otro lado de las puertas de cristal. Así quisieron que se hiciera, y así se hizo, pues son los guardianes del criadero y al mismo tiempo los padres de Charley.

El criadero posee una hermosa puerta de azulejos, con los azulejos puestos con tanta gracia que es casi música. Es un lugar maravilloso para bailar.

En el criadero hay una estatua del último tigre. El tigre está en llamas. Todos lo estamos mirando.

El yomuerte de enhervor

—Muy bien —dijo Charley—. Háblanos de yomuerte. Sentimos curiosidad, después de tantos años diciéndonos que no sabemos nada de yomuerte y que tú tienes todas las respuestas. Vamos a oír alguna de esas respuestas.

—De acuerdo —dijo enhervor—. Ahora os diré de qué va la cosa. No tenéis ni idea de lo que pasa realmente con yomuerte. Los tigres sabían más de yomuerte que vosotros. Matasteis a todos los tigres y quemasteis el último aquí.

»Eso estuvo muy mal. No deberíais haber matado a los tigres. Los tigres eran el verdadero significado de yomuerte. Sin los tigres no podía haber yomuerte. Cuando matasteis a los tigres, yomuerte desapareció, y desde entonces vivís aquí como un hatajo de idiotas. Voy a traer de nuevo la muerte a yomuerte. Vamos a traer la muerte de nuevo a yomuerte. Mi banda y yo. Llevamos pensándolo hace años y vamos a hacerlo ahora. yomuerte va a volver a existir.

enhervor se metió la mano en el bolsillo y sacó una navaja.

—¿Qué vas a hacer con esa navaja? —preguntó Charley.

—Te lo enseñaré —contestó enhervor.

Sacó la hoja. Parecía afilada.

—Esto es yomuerte —dijo.

Cogió la navaja, se cortó el pulgar y lo arrojó a una cubeta llena de truchas recién nacidas. La sangre comenzó a caerle por la mano y a gotear en el suelo.

Entonces todos los de la banda de enhervor sacaron sus navajas, se cortaron el pulgar y los arrojaron aquí y allá, en esta cubeta y en aquel estanque, hasta que hubo pulgares y sangre por todo el lugar.

El que no sabía dónde se encontraba dijo:

—¿Cuándo me he de cortar el pulgar?

—Ahora mismo —le contestó alguien.

Así que se cortó el pulgar, un poco torcido porque estaba muy borracho. Lo hizo de tal manera que se le quedó parte de la uña pegada a la mano.

—¿Por qué has hecho esto? —preguntó Charley.

—Es sólo el principio —contestó enhervor—. Este es el aspecto que debería tener realmente yomuerte.

—Parecéis todos idiotas —dijo Charley—. Sin pulgares.

—Esto es sólo el principio —dijo enhervor—. Muy bien, hombres. Vamos a cortarnos la nariz.

—¡Salve, yomuerte! —gritaron todos, y se cortaron la nariz.

El que estaba muy borracho también se sacó un ojo. Cogieron las narices y las dejaron caer por todo el criadero.

Uno de ellos puso la nariz en la mano de Fred. Este cogió la nariz y se la arrojó al tipo a la cara.

Pauline no se comportó como se comportaría una mujer en esas circunstancias. Todo aquello no la asustó ni le dio asco. Simplemente se puso más y más y más furiosa. Tenía la cara roja de cólera.

—Muy bien, hombres. Y ahora fuera las orejas.

—¡Salve, yomuerte!

A continuación hubo orejas por todas partes y el criadero de truchas quedó inundado de sangre.

El que estaba tan borracho se olvidó de que ya se había cortado la oreja derecha e intentaba volver a cortársela, y estaba muy perplejo porque la oreja no estaba en su sitio.

—¿Dónde está mi oreja? —preguntó—. No puedo cortármela.

En aquel momento enHERVOR y su banda se estaban desangrando. Algunos ya comenzaban a sentirse débiles por la pérdida de sangre y se estaban sentando en el suelo. enHERVOR seguía en pie y se estaba cortando los dedos de la mano.

—Esto es yomuerte —dijo—. Muchacho. Esto es realmente yomuerte.

Al final tuvo que sentarse para poder desangrarse hasta morir.

Ahora estaban todos en el suelo.

—Espero que creas haber demostrado algo —dijo Charley—. Yo no creo que hayas demostrado nada.

—Hemos demostrado qué es yomuerte —dijo enHERVOR.

Pauline de repente se dispuso a salir del criadero. Fui hacia ella, y casi resbalo con la sangre y me caigo.

—¿Te encuentras bien? —pregunté sin saber muy bien qué decir—. ¿Puedo ayudarte?

—No —contestó ella mientras salía—. Voy a buscar una fregona y a limpiar esta porquería.

Cuando dijo «porquería» miró fijamente a enHERVOR.

Salió del criadero y volvió al cabo de un momento con una fregona. Ya estaban todos medio muertos, excepto enHERVOR. Seguía hablando de yomuerte.

—¿Ves? Lo hemos hecho —dijo.

Pauline comenzó a limpiar la sangre y a echarla en un balde escurriendo la fregona. Cuando el balde estuvo casi lleno de sangre, enHERVOR murió.

—Soy yomuerte —dijo.

—Eres un gilipollas —dijo Pauline.

Y lo último que vio enHERVOR antes de morir fue a Pauline de pie a su lado, escurriendo su sangre de la fregona en el balde.

Carretilla

—Bueno, pues ya está —dijo Charley.

Los ojos sin vista de enHERVOR miraban la estatua del tigre. En el criadero había muchos ojos abiertos que no veían nada.

—Sí —dijo Fred—. Me pregunto a qué ha venido esto.

—No lo sé —dijo Charley—. Creo que no deberían haber bebido ese whisky hecho de cosas olvidadas. Un error.

—Sí.

Todos imitamos a Pauline y nos pusimos a limpiar el lugar; fregamos la sangre y nos llevamos los cadáveres. Utilizamos una carretilla.

Un desfile

—Eh, ayúdame a bajar las escaleras con la carretilla.

—De acuerdo.

—Vale, gracias.

Amontonamos los cadáveres delante de yOMUERTE. Nadie sabía qué hacer exactamente con ellos, pero desde luego no los queríamos en yOMUERTE.

Mucha gente del pueblo había venido a ver qué estaba ocurriendo. Para cuando sacamos el último cadáver con la carretilla debía de haber quizás unas cien personas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el maestro.

—Se han destrozado —contestó el viejo Chuck.

—¿Dónde están sus pulgares y los apéndices de la cara? —preguntó Doc Edwards.

—Ahí, en ese balde —dijo el viejo Chuck—. Se los han cortado con sus navajas. No sabemos por qué.

—¿Qué haremos con los cadáveres? —preguntó Fred—. No vamos a enterrarlos en tumbas, ¿verdad?

—No —dijo Charley—. Tenemos que hacer otra cosa.

—Llevadlos a sus chozas de la Olvidería —dijo Pauline—. Quemadlos. Quemad sus chozas. Quemadlo todo y luego olvidémoslos.

—Buena idea —dijo Charley—. Vamos a buscar unos cuantos carros y los llevaremos allí. Qué cosa tan terrible.

Colocamos los cadáveres en los carros. Por entonces casi todo el mundo en azúcar de sandía se había congregado en yOMUERTE. Juntos comenzamos a dirigirnos hacia la Olvidería.

Nos pusimos en marcha muy lentamente. Parecíamos un desfile que apenas se moviera hacia PODRÍAIS PERDEROS. Yo caminaba junto a Pauline.

Campánulas

Un cálido sol dorado se desparramaba sobre nosotros y sobre los Montículos de la Olvidería, cada vez más cercanos. Cruzamos ríos y puentes y caminamos junto a granjas, prados y a través de bosques de pinos y sandiares.

Los Montículos de la Olvidería eran como cachos de medio montañas y medio aparatos que relucían como el oro.

Un espíritu casi festivo emanaba ahora de la multitud. Se sentían aliviados porque enHERVOR y su banda estaban muertos.

Los niños comenzaron a recoger flores por el camino y pronto hubo muchas flores en el desfile, de manera que se convirtió en una especie de jarrón lleno de rosas, narcisos, amapolas y campánulas.

—Se ha acabado —dijo Pauline.

A continuación, volviéndose, me rodeó con sus brazos y me dio un abrazo muy amistoso para demostrar que todo había acabado. Sentí su cuerpo contra el mío.

Margaret otra vez, otra vez, otra vez, otra vez

Metimos a enHERVOR y a los miembros de su banda en una choza y la empapamos de aceite de truchasandía. Para ese fin trajimos un barril, y luego empapamos de aceite de truchasandía todas las demás chozas.

Todo el mundo retrocedió, y justo en el momento en que Charley se disponía a prender fuego a la choza donde estaban los cadáveres, Margaret salió de la Olvidería como si tal cosa.

—¿Qué ocurre? —dijo.

Se comportaba como si no hubiera pasado nada, como si todos hubiéramos aparecido por allí para hacer un picnic.

—¿Dónde has estado? —preguntó Charley, que parecía un poco desconcertado por la actitud de Margaret, tan fría como un pepino.

—En la Olvidería —contestó—. He venido a primera hora de la mañana, antes del amanecer, a buscar cosas. ¿Qué ocurre? ¿Por qué habéis venido todos a la Olvidería?

—¿No sabes lo que ha pasado? —preguntó Charley.

—No —dijo Margaret.

—¿No has visto a enHERVOR cuando has venido esta mañana?

—No —contestó Margaret—. Todos dormían. ¿Qué ha ocurrido? —Miró a su alrededor—. ¿Dónde está enHERVOR?

—Ni siquiera sé si puedo decírtelo —dijo Charley—. Está muerto, él y toda su banda.

—Muerto. Debe de ser una broma.

—¿Por qué? No, hace un par de horas vinieron a yomuerte y se mataron en el criadero de truchas. Hemos traído los cadáveres aquí para quemarlos. Ha sido una escena espantosa.

—No me lo creo —dijo Margaret—. No me lo puedo creer. ¿Qué clase de broma es ésta?

—No es ninguna broma —dijo Charley.

Margaret miró a su alrededor. Se dio cuenta de que casi todo el mundo estaba allí. Me vio al lado de Pauline y corrió hacia mí y me dijo:

—¿Es verdad?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé. Ninguno de nosotros lo sabe. Simplemente, vinieron a yomuerte y se mataron. Es un misterio para todos.

—Oh, no —dijo Margaret—. ¿Y cómo lo han hecho?

—Con navajas.

—Oh, no —dijo Margaret.

Estaba horrorizada, estupefacta. Me agarró la mano con fuerza.

—¿Esta mañana? —preguntó, ahora casi sin dirigirse a nadie.

—Sí.

Noté su mano helada, un estorbo en la mía, como si sus dedos fueran demasiado pequeños para encajar. Sólo fui capaz de quedármela mirando, a ella, que había desaparecido en la Olvidería aquella mañana.

La fiebre de las chozas

Charley cogió una cerilla de quince centímetros y prendió fuego a la choza que contenía a enHERVOR y los cadáveres de su banda.

Todos nos echamos hacia atrás, y las llamas fueron cada vez más altas y ardieron con esa hermosa luz que provoca el aceite de truchasandía.

A continuación Charley prendió fuego a las otras chozas y éstas ardieron con la misma luz, y pronto el calor fue tan terrible que tuvimos que retroceder aún más hasta que llegamos a los campos.

Nos quedamos allí mirando durante más o menos una hora, y las chozas por entonces ya casi habían desaparecido. Charley permanecía allí, mirando, sin decir nada. enHERVOR había sido su hermano.

Algunos niños jugaban en los campos. Se cansaron de mirar el fuego.

Al principio había sido muy emocionante, pero luego los niños se cansaron y decidieron hacer otra cosa.

Pauline se sentó en la hierba. Las llamas pintaron en su cara una paz absoluta. Parecía como si acabara de nacer.

Solté la mano de Margaret, que seguía igual de perpleja por lo que estaba ocurriendo.

Se sentó sola sobre la hierba, juntando las manos como si estuvieran muertas.

Cuando las llamas menguaron hasta quedar muy reducidas, un fuerte viento salió de la Olvidería y esparció rápidamente las cenizas por los aires. Después, mientras Fred bostezaba, yo soñaba.

Libro tercero
Margaret

Trabajo

Desperté descansado y me quedé mirando mi techo de sandía, lo bonito que era, antes de salir de la cama. Me pregunté qué hora era. Tenía que encontrarme con Fred para almorzar en el café del pueblo.

Me puse en pie, salí y volví a estirarme en el porche delantero de mi choza, sintiendo las piedras frías bajo mis pies descalzos, sintiendo su lejanía. Contemplé el sol gris.

El río aún no tenía ese brillo de la hora de comer, de manera que me dirigí al río, cogí un poco de agua y me la eché en la cara para terminar el trabajo de despertarme.

Fiambre de carne

Me encontré con Fred en el café. Ya había llegado y me esperaba. Doc Edwards estaba con él. Fred miraba la carta.

—Hola —dije.

—Qué hay.

—Hola —dijo Doc Edwards.

—Esta mañana tenías mucha prisa —dije—. Parecía como si necesitaras un caballo.

—Es cierto. Tenía que ayudar en un parto. Esta mañana se nos ha añadido una niña.

—Qué bien —dije—. ¿Quién es el afortunado padre?

—¿Conoces a Ron?

—Sí. Vive en la choza que hay junto a la zapatería. ¿Verdad?

—Sí. Ese es Ron. Ha tenido una niña preciosa.

—Ibas muy deprisa. No sabía que aún pudieras correr tanto.

—Sí. Sí.

—¿Cómo estás, Fred? —dije.

—Bien. Ha sido una buena mañana de trabajo. ¿Qué has hecho tú?

—He plantado unas cuantas flores.

—¿Has trabajado en tu libro?

—No, he plantado unas cuantas flores y me he echado una larga siesta.

—Vago.

—Por cierto —dijo Doc Edwards—. ¿Cómo va el libro?

—Bueno, va.

—Estupendo. ¿Y de qué trata?

—Sólo de las cosas que apunto: una palabra tras otra.

—Bien.

La camarera se acercó y nos preguntó que qué queríamos para almorzar.

—¿Qué queréis para almorzar, chicos? —preguntó.

Hacía años que era camarera en aquel café. Había sido joven y ahora ya no lo era.

—El especial de hoy es fiambre de carne, ¿verdad? —dijo Doc Edwards.

—Sí, «cuando el día es gris, sólo el fiambre de carne me hace feliz», ése es nuestro lema —dijo.

Todos se rieron. Era un buen chiste.

—Tomaré fiambre de carne —dijo Fred.

—¿Y tú? —preguntó la camarera—. ¿Fiambre de carne?

—Sí, fiambre de carne —respondí.

—Tres fiambres de carne —dijo la camarera.

Pastel de manzana

Después de comer, Doc Edwards tuvo que marcharse pronto para ver cómo les iba a la mujer de Ron y al bebé.

—Nos vemos luego —dijo.

Fred y yo nos quedamos durante un rato y tomamos otra taza de café tranquilamente. Fred se puso dos terrones de azúcar de sandía en el café.

—¿Cómo le va a Margaret? —preguntó—. ¿La has visto o has sabido algo de ella?

—No —contesté—. Ya te lo dije esta mañana.

—Está bastante afectada por lo tuyo con Pauline —dijo Fred—. Le está costando mucho aceptarlo. Ayer estuve hablando con su hermano. Dijo que tiene el corazón destrozado.

—En eso no puedo hacer nada —dije.

—¿Por qué estás enfadado con ella? —preguntó Fred—. ¿No pensarás que ha tenido un lío con enHERVOR sólo porque todos los demás, menos Pauline y yo, lo creen?

»No hay ninguna prueba. Para empezar, incluso me parece absurdo. No les unió más que una coincidencia. ¿No creerás que tuvo un lío con enHERVOR, verdad?

—No lo sé —dije.

Fred se encogió de hombros y dio un sorbo a su café. La camarera se acercó y nos preguntó si de postre queríamos un trozo de pastel.

—Tenemos un pastel de manzana bueno de verdad —dijo.

—Me tomaría un trozo de pastel —dijo Fred.

—¿Y tú?

—No —respondí.

Literatura

—Bueno, tengo que volver al trabajo —dijo Fred—. La prensa me reclama. ¿Qué vas a hacer tú?

—Creo que me iré a escribir —contesté—. Trabajaré un rato en mi libro.

—Eso parece algo ambicioso —dijo Fred—. ¿Es un libro sobre las estaciones, como dijo el maestro?

—No, no es sobre las estaciones.

—Bien —dijo Fred—. No me gustaría leer un libro sobre las estaciones.

—¿Has leído algún libro? —pregunté.

—No —dijo Fred—. No he leído ninguno, pero no creo que quiera empezar leyendo uno sobre nubes.

El camino

Fred se fue a la Sandería y yo regresé a mi choza a escribir, pero entonces cambié de opinión. No sabía qué hacer.

Podía regresar a yomuerte y hablar con Charley de una idea que había tenido o ir a buscar a Pauline y hacer el amor con ella, o podía ir a la Estatua de los Espejos y sentarme allí un rato.

Eso fue lo que hice.

La Estatua de los Espejos

Todo se refleja en la Estatua de los Espejos si permaneces allí el tiempo suficiente y vacías tu mente de todo lo que no sean los espejos, y debes procurar no querer nada de los espejos. La cosa ha de ocurrir de manera espontánea.

Tardé más o menos una hora en dejar mi mente en blanco. Hay quien no ve nada en la Estatua de los Espejos, ni siquiera a sí mismo.

Entonces pude ver yOMUERTE y el pueblo, la Olvidería, los ríos, los campos y los bosques de pinos, el estadio de béisbol y la Sandería.

Vi al viejo Chuck en el porche delantero de yOMUERTE. Se rascaba la cabeza, y Charley estaba en la cocina untándose una tostada con mantequilla.

Doc Edwards volvía por la calle de la choza de Ron y un perro le seguía, oliscando sus pisadas. El perro se detuvo en una pisada en concreto y se quedó allí meneando la cola encima de la huella. Al perro parecía gustarle de verdad.

Junto a la verja de la Olvidería, las chozas de enHERVOR y su banda habían quedado reducidas a cenizas. Un pájaro buscaba algo cerca de las cenizas. El pájaro no encontró lo que buscaba, se cansó y echó a volar.

Vi que Pauline cruzaba el bosque de pinos hacia mi choza. Llevaba con ella un cuadro. Quería darme una sorpresa.

Vi unos chavales jugando a béisbol en el estadio. Uno de los chavales que lanzaban sabía darle mucha velocidad a la pelota y controlaba mucho. Hizo cinco *strikes* seguidos.

Vi a Fred dirigiendo a su cuadrilla mientras construían una tabla dorada de azúcar de sandía. Le decía a uno que tuviera cuidado con su extremo de la tabla.

Vi a Margaret subirse a un manzano junto a su choza. Lloraba y llevaba un pañuelo anudado al cuello. Cogió las puntas sueltas del pañuelo y las ató a una rama cubierta de manzanas jóvenes. Saltó de la rama y quedó suspendida en el aire.

La Imponente Trucha Anciana otra vez

Dejé de mirar la Estatua de los Espejos. Ya había visto suficiente por aquel día. Me senté en un sofá junto al río y me quedé contemplando el agua del profundo remanso que hay allí. Margaret había muerto.

Se formó un remolino de agua en la superficie que transparentó el remanso hasta el fondo, y vi que la Imponente Trucha Anciana me miraba fijamente, con la campanilla de YOMUERTE colgándole de la mandíbula.

Debía de haber nadado río arriba desde el lugar donde estaban colocando la tumba. Es mucho trecho para una trucha anciana. Debía de haber salido después de que yo lo hiciera.

La Imponente Trucha Anciana no apartaba los ojos de mí. Se mantenía quieta en el agua, mirando intensamente, igual que había hecho el día en que permaneció junto a la tumba que estaban colocando.

Se formó otro remolino de agua en la superficie del remanso y ya no pude ver más a la Imponente Trucha Anciana. Cuando el agua volvió a transparentarse otra vez, la Imponente Trucha Anciana había desaparecido. Me quedé mirando el lugar donde había estado. Ahora se veía vacío como una habitación.

Visita a Fred

Fui hasta la Sandería para ver a Fred.

Le sorprendió bastante verme por allí por segunda vez aquel mismo día.

—Qué hay —dijo levantando la vista de una tabla dorada que estaba inspeccionando por algún motivo—. ¿Qué es lo que ocurre?

—Se trata de Margaret —dije.

—¿La has visto?

—Sí.

—¿Qué ha ocurrido?

—Está muerta. La vi en la Estatua de los Espejos. Se ahorcó de un manzano con su pañuelo azul.

Fred dejó la tabla en el suelo. Se mordió el labio y se pasó la mano por el pelo.

—¿Cuándo ha ocurrido?

—No hace mucho. Nadie sabe aún que está muerta.

Fred negó con la cabeza.

—Supongo que más vale que vayamos a buscar a su hermano.

—¿Qué está haciendo?

—Está ayudando a un granjero a poner un nuevo tejado en el granero. Nos llegaremos hasta allí.

Fred le dijo a su cuadrilla que ya podían dejarlo por aquel día. Se pusieron muy contentos cuando Fred se lo dijo.

—Gracias, jefe —dijeron.

Cuando nos fuimos de la Sandería, Fred parecía de repente muy cansado.

El viento otra vez

El sol gris era tenue. Se levantó viento y las cosas que susurran o se mueven con el viento así lo hicieron alrededor de nosotros mientras íbamos por el camino hasta el granero.

—¿Por qué crees que se mató? —preguntó Fred—. ¿Por qué iba a hacer una cosa así? Era tan joven. Tan joven.

—No lo sé —dije—. No sé por qué se mató.

—Es terrible —dijo Fred—. Ojalá no tuviera que pensar en ello. No tienes ni la menor idea, ¿eh? ¿No la has visto?

—No, estaba mirando la Estatua de los Espejos y ella se ahorcó allí. Ahora está muerta.

El hermano de Margaret

El hermano de Margaret estaba en el tejado del granero, colocando tejas de sandía azul, y el granjero estaba subiendo por la escalera de mano y le llevaba otra brazada de tejas.

El hermano de Margaret nos vio venir por el camino, se puso en pie sobre el tejado del granero y nos saludó a bastante distancia antes de que llegáramos.

—Esto no me gusta —dijo Fred.

—¡Hey, hola! —gritó el hermano de Margaret.

—¿Qué os trae por aquí? —gritó el granjero.

Les devolvimos el saludo pero no dijimos nada hasta que llegamos junto a ellos.

—¿Cómo va? —dijo el granjero estrechándonos la mano—. ¿Qué hacéis por aquí?

El hermano de Margaret bajó por la escalera de mano.

—Hola —dijo, y nos estrechó la mano y se quedó allí esperando a que dijéramos algo.

Nos quedamos extrañamente callados y ellos lo captaron enseguida.

Fred hendió el suelo con la bota. Dibujó una especie de semicírculo en el suelo con la bota derecha, y a continuación lo borró con la bota izquierda. No le llevó más que unos pocos segundos.

—¿Qué ocurre? —preguntó el granjero.

—Sí, ¿qué ocurre? —preguntó el hermano de Margaret.

—Se trata de Margaret —dijo Fred.

—¿Qué le ha ocurrido a Margaret? —preguntó su hermano—. Decídmelo.

—Ha muerto —contestó Fred.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Se ha ahorcado.

El hermano de Margaret se quedó un rato con la mirada perdida. Se le empañaron los ojos. Nadie dijo nada. Fred trazó otro círculo en el polvo, y a continuación lo borró de una patada.

—Es lo mejor —dijo por fin el hermano de Margaret—. Nadie tiene la culpa. Tenía el corazón roto.

El viento otra vez, otra vez.

Fuimos a recoger el cadáver. El granjero tuvo que quedarse. Dijo que nos acompañaría gustoso, pero tenía que quedarse a ordeñar las vacas. En ese momento el viento sopló más fuerte y cayeron algunas cosas pequeñas.

Collar

El cadáver de Margaret colgaba del manzano que había delante de su choza y se agitaba al viento. Tenía el cuello en un extraño ángulo y la cara del color de lo que hemos aprendido a identificar como muerte.

Fred se subió al árbol y cortó el pañuelo con su navaja mientras el hermano de Margaret y yo bajábamos el cadáver lentamente. Entonces cogió el cadáver, lo metió en la choza y lo colocó sobre la cama.

Los tres estábamos de pie alrededor del cadáver.

—Llémoslo a yomuerte —dijo Fred—. Ahí es donde debe estar.

El hermano de Margaret pareció aliviado por primera vez desde que le comunicamos que su hermana había muerto.

Se dirigió a un gran arcón que había junto a la ventana y sacó un collar que tenía en torno a una pequeña trucha metálica. Levantó la cabeza de su hermana y cerró el broche del collar. Le apartó el cabello de los ojos.

A continuación envolvió el cadáver con una colcha en la que se veía yomuerte tejida a ganchillo en una de sus muchas y perdurables formas. Asomaba uno de los pies de Margaret. Los dedos parecían fríos y descansaban apaciblemente.

Sofá

Llevamos a Margaret de vuelta a yomuerte. No sé cómo, pero todo el mundo se había enterado ya de su muerte y nos esperaban. Estaban en el porche de delante.

Pauline bajó corriendo las escaleras. Estaba muy afectada y tenía las mejillas llenas de lágrimas.

—¿Por qué? —dijo—. ¿Por qué?

La rodeé con el brazo lo mejor que pude.

—No lo sé —dije.

El hermano de Margaret subió las escaleras que llevaban a yomuerte con el cadáver en brazos. Charley le abrió la puerta.

—Espera, deja que te abra la puerta.

—Gracias —dijo el hermano—. ¿Dónde la pongo?

—En el sofá que hay en el criadero de truchas —respondió Charley—. Ahí es donde ponemos a nuestros muertos.

—No me acuerdo de cómo se va —dijo el hermano—. Hace mucho que no vengo por aquí.

—Yo te enseño el camino. Sígueme —dijo Charley.

—Gracias.

Se dirigieron al criadero de truchas. Fred los acompañó, y también el viejo Chuck, Al y Bill. Yo me quedé, y aún rodeaba a Pauline con el brazo. Ella seguía llorando. Supongo que apreciaba a Margaret de verdad.

Mañana

Pauline y yo fuimos a dar un paseo por el río de la sala de estar. Se acercaba el ocaso. Al día siguiente por la mañana el sol sería negro y silencioso. La noche continuaría, pero las estrellas no brillarían, haría calor como si fuera de día y todo se mantendría en silencio.

—Es horrible —dijo Pauline—. Me siento fatal. ¿Por qué se ha matado? ¿Ha sido culpa mía, por amarte?

—No —dije—. No ha sido culpa de nadie. Son cosas que pasan.

—Éramos tan buenas amigas. Éramos como hermanas. No soportaría pensar que ha sido culpa mía.

—No lo ha sido —dije.

Zanahorias

Aquella noche en yomuerte todo el mundo cenó en silencio. El hermano de Margaret se quedó a cenar con nosotros. Charley lo invitó.

Al volvió a preparar un estofado de zanahorias. Las cocinó con champiñones y una salsa de azúcar de sandía y especias. Había pan caliente recién sacado del horno, mantequilla dulce y vasos de leche helada.

Más o menos a mitad de la cena, Fred empezó a decir algo que parecía importante, pero enseguida cambió de opinión y siguió comiéndose las zanahorias.

La habitación de Margaret

Después de la cena todo el mundo se dirigió a la sala y se decidió celebrar el funeral a la mañana siguiente, aun cuando estuviera oscuro y silencioso y todo tuviera que hacerse en silencio.

—Si te parece bien —le dijo Charley al hermano de Margaret—, la enterraremos en esa tumba en la que hemos estado trabajando. La han acabado esta tarde.

—Eso sería perfecto —dijo el hermano de Margaret.

—Estará oscuro y no se oirá nada, pero creo que podemos encargarnos de todo.

—Sí —dijo el hermano.

—Fred, ¿te importaría ir a comunicarle a la gente del pueblo lo del funeral? A lo mejor alguno quiere venir. Avisa también a los Sepultureros. A ver si puedes encontrar algunas flores.

—Naturalmente, Charley. Yo me encargaré de todo.

—Cuando muere alguien que ha vivido aquí, tenemos la costumbre de tapiar su habitación —dijo Charley.

—¿Y eso qué significa? —dijo el hermano de Margaret.

—Que ponemos ladrillos en la puerta y clausuramos la habitación para siempre.

—Me parece bien.

Ladrillos

Pauline, el hermano de Margaret, Charley, Bill, que era el que tenía los ladrillos, y yo fuimos a la habitación de Margaret. Charley abrió la puerta.

Pauline llevaba un farol. Lo colocó sobre la mesa de Margaret y encendió el farol que había allí con una larga cerilla de sandía.

Ahora había dos luces.

La habitación estaba llena de cosas de la Olvidería. Miraras donde miraras había algo olvidado colocado encima de otra cosa olvidada.

Charley negó con la cabeza.

—Muchas cosas olvidadas hay aquí. La mayoría de cosas ni siquiera sabemos qué son —le dijo a nadie en concreto.

El hermano de Margaret suspiró.

—¿Quieres llevarte algo? —preguntó Charley.

El hermano de Margaret miró a su alrededor con mucha atención y mucha tristeza, y a continuación negó con la cabeza.

—No, tapiadlo todo.

Salimos y Bill comenzó a colocar los ladrillos. Nos quedamos mirando un rato. Había lágrimas en los ojos de Pauline.

—Por favor, quédate a pasar la noche con nosotros —dijo Charley.

—Gracias —dijo el hermano de Margaret.

—Te enseñaré tu habitación. Buenas noches —nos dijo Charley.

Se fue con el hermano de Margaret. Le estaba diciendo algo.

—Vamos, Pauline —dije.

—Muy bien, cariño.

—Creo que será mejor que esta noche duermas conmigo.

—Sí —respondió Pauline.

Dejamos a Bill colocando ladrillos. Eran ladrillos de sandía, hechos de azúcar negro y silencioso. No emitían ningún sonido cuando trabajaba con ellos. Condenarían para siempre las cosas olvidadas.

Mi habitación

Pauline y yo fuimos a mi habitación. Nos quitamos la ropa y nos metimos en la cama. Ella se quitó la ropa primero y yo la observé.

—¿Vas a apagar el farol? —preguntó inclinándose hacia delante mientras yo me metía en la cama el último.

Tenía los pechos descubiertos. Los pezones estaban duros. Eran del mismo color que sus labios. Se veían hermosos a la luz del farol. Tenía los ojos rojos de llorar. Parecía muy cansada.

—No —dije.

Colocó la cabeza sobre la almohada y dibujó apenas una sonrisa. Su sonrisa era del color de sus pezones.

—No —dije.

La chica con el farol otra vez

Al cabo de un rato dejé dormir a Pauline, pero entonces me costó conciliar el sueño, como de costumbre. Pauline tenía el cuerpo cálido y de olor dulce. Su cuerpo me invitaba a dormir como si fuera una banda de trompetistas. Me quedé tendido mucho rato antes de levantarme e ir a dar uno de esos paseos que doy por la noche.

Me quedé allí con la ropa puesta, mirando dormir a Pauline. Resulta curioso lo bien que duerme Pauline desde que salimos juntos, pues Pauline era la chica que salía a dar largos paseos por la noche con el farol en la mano. Pauline era la chica que tanto me había intrigado, que iba y venía por los caminos, que se detenía en ese lugar, en ese puente, en ese río, junto a esos árboles del bosque.

Tiene el pelo rubio y ahora duerme.

Cuando comenzamos a salir dejó de dar sus largos paseos nocturnos, pero yo sigo con los míos. Me va bien dar estos largos paseos por la noche.

Margaret otra vez, otra vez, otra vez, otra vez, otra vez

Fui al criadero de truchas y me quedé allí contemplando el cuerpo, ahora frío y nada agradable, de Margaret. La habían acostado sobre el sofá y pusieron faroles a su alrededor. A las truchas también les costaba dormir.

Unas crías diminutas nadaban como flechas en una cubeta en cuyo borde había un farol que iluminaba la cara de Margaret. Me quedé mirando aquellas crías durante mucho rato, pasaron horas, hasta que se durmieron. Ahora eran como Margaret.

Buen jamón

Nos despertamos más o menos una hora antes del amanecer y desayunamos. Cuando el sol asomara por el horizonte de nuestro mundo, la oscuridad proseguiría y aquel día no habría sol. Nuestras voces se extinguirían. Si dejabas caer algo, no hacía ningún ruido. Los ríos discurrirían en silencio.

—Hoy nos espera un largo día —dijo Pauline mientras se ponía el vestido, colocándoselo por el cuello largo y terso.

Tomamos huevos con jamón, patatas fritas y tostadas. Pauline preparó el desayuno y yo me ofrecí a ayudarla.

—¿Puedo hacer algo? —pregunté.

—No —contestó ella—. Lo tengo todo controlado, pero gracias por ofrecerte.

—No hay de qué.

Desayunamos todos juntos, incluido el hermano de Margaret. Se sentó al lado de Charley.

—Este jamón es bueno —dijo Fred.

—Más tarde celebraremos el funeral —dijo Charley—. Todo el mundo sabe lo que tiene que hacer y se puede escribir una nota si surge algo fuera de lo normal. Nos quedan unos momentos de sonido.

—Mmmmm..., buen jamón —dijo Fred.

Sale el sol

Pauline y yo estábamos charlando en la cocina cuando salió el sol. Ella fregaba los platos y yo los secaba. Yo estaba secando una sartén y ella fregaba las tazas de café.

—Hoy me siento un poco mejor —dijo Pauline.

—Bien —dije yo.

—¿Cómo he dormido esta noche?

—Como un tronco.

—He tenido una pesadilla. Espero no haberte despertado.

—No.

—Lo de ayer me afectó mucho. No sé. No esperaba que las cosas acabaran así, pero ya no hay vuelta de hoja, y supongo que no podemos hacer nada.

—Tienes razón —dije—. Sólo tomarnos las cosas tal como vienen.

Pauline se volvió hacia mí y dijo:

—Supongo que el funeral será...

Escudo de Armas

Margaret llevaba unas vestiduras funerarias hechas de azúcar de sandía y adornadas con abalorios de fuegos fatuos, de manera que de su tumba brotaría luz eternamente, por las noches y en los días negros y silenciosos. Como ése.

La habían preparado para la tumba. Nos desplazamos por yOMUERTE con faroles y en silencio, a la espera de la llegada de la gente del pueblo.

Llegaron. Aparecieron treinta o cuarenta, entre ellos el director del periódico. Se publica una vez al año. El maestro y Doc Edwards también estaban presentes, y entonces comenzamos el funeral.

Margaret fue transportada sobre el Escudo de Armas que utilizamos para los muertos, hecho de pino decorado con cristal y piedrecitas lejanas.

Todo el mundo llevaba linternas y faroles. Sacamos su cuerpo del criadero de truchas, recorrimos la sala, salimos por la puerta, atravesamos el porche y bajamos los peldaños de yOMUERTE.

Mañana soleada

La procesión avanzaba lentamente en un silencio absoluto hasta la nueva tumba que ahora pertenecía a Margaret, la que yo había visto construir ayer, cuando le daban los últimos retoques para Margaret. Hacía cada vez más calor y el sol estaba cada vez más alto. Ni siquiera se oía el sonido de nuestras pisadas.

Los Sepultureros

Los Sepultureros nos esperaban. Todavía estaba el Pozo en su sitio, y comenzaron a bombear cuando nos vieron venir.

Les entregamos el cadáver y ellos se ocuparon de colocarlo en la tumba. Tenían mucha experiencia. Bajaron el cadáver por el Pozo y lo colocaron en la tumba. Cerraron la puerta de cristal y comenzaron a sellarla.

Pauline, Charley, Fred, el viejo Chuck y yo nos quedamos allí juntos, formando un grupito, y los observamos. Pauline me cogió del brazo. El hermano de Margaret se acercó y se quedó junto a nosotros.

Cuando los Sepultureros hubieron sellado la puerta, apagaron la bomba y sacaron la manga del Pozo.

A continuación engancharon con unas cuerdas unos caballos a las dos poleas que colgaban del Castillete del Pozo. Las cuerdas iban del Castillete a unos ganchos que había en el mismo Pozo.

Así fue como sacaron el Pozo.

Los caballos tiraron y el Pozo salió del fondo del río y lo izaron hasta la orilla y quedó medio colgando del Castillete.

Los Sepultureros y sus caballos parecían cansados. Todo se hizo en un silencio absoluto. Ni un sonido salió de los caballos ni de los hombres, ni del Pozo, ni del río, ni de la gente que miraba.

Vimos la luz que salía de la tumba de Margaret, la luz que procedía del fuego fatuo que brillaba sobre sus vestiduras. Cogimos flores y las arrojamos río arriba, encima de su tumba.

Las flores pasaron por encima de la luz que brotaba de ella: rosas, narcisos, amapolas y campánulas pasaron flotando.

El baile

Después del funeral, aquí es costumbre celebrar un baile en el criadero de truchas. Viene todo el mundo, y hay una buena banda y se baila mucho. A todos nos gusta bailar el vals.

Después del funeral regresamos a yomuerte y nos preparamos para el baile. El criadero se decoró para la fiesta y se prepararon refrescos para el baile.

Todo el mundo se arregló en silencio. Charley se puso un mono nuevo. Fred se pasó media hora peinándose y Pauline se puso unos zapatos de tacón alto.

No podíamos empezar la fiesta hasta que volviera a haber sonido, para que los instrumentos musicales pudieran funcionar y pudiésemos tocar con ellos a nuestro estilo, casi siempre un vals.

Dos cocineros

Pauline y Al prepararon juntos una cena temprana que tomamos a última hora de la tarde. Fuera hacía mucho calor, de manera que cocinaron algo ligero. Prepararon una ensalada de patata que, de alguna manera, acabó conteniendo muchas zanahorias.

Sus instrumentos tocan

Una media hora antes del ocaso comenzó a llegar gente del pueblo para el baile. Les cogimos los chaquetones y los sombreros y los acompañamos al criadero de truchas.

Todo el mundo parecía estar de bastante buen humor. Los músicos sacaron sus instrumentos y esperaron a que se pusiera el sol.

Ya faltaba muy poco. Todos esperábamos con paciencia. Los faroles iluminaban la sala. Las truchas nadaban arriba y abajo en sus cubetas y estanques. Bailaríamos a su alrededor.

Pauline estaba muy guapa. El nuevo mono de Charley tenía muy buen aspecto. No sé por qué, pero parecía que Fred no se hubiera peinado.

Los músicos tenían los instrumentos a punto. Estaban listos para empezar. Ahora sólo era cuestión de segundos, escribí.

Esta novela se empezó el 13 de mayo de 1964 en una casa de Bolinas, California, y se acabó el 19 de julio de 1964 en la sala de estar del n.º 123 de Beaver Street, San Francisco, California. Está dedicada a Don Allen, Joanne Kyger y Michael McClure.



RICHARD GARY BRAUTIGAN, nació en Tacoma, Estados Unidos, el 30 de enero de 1935. Su padre nunca lo reconoció y, cuando tenía nueve años, su madre los abandonó a él y a su hermana en la habitación de un hotel en Great Falls, Montana. Pasaron muchas horas esperando a que volviese, hasta que el cocinero del establecimiento decidió acogerlos. Alguien ha dicho que su cerebro fue el único juguete que tuvo. A los veinte años fue recluido en un hospital para enfermos mentales por arrojar una piedra contra una comisaría. Lo había hecho para que lo arrestasen y le diesen de comer, pero en el hospital acabaron diagnosticándole paranoia, esquizofrenia y depresión. En sus propias palabras, allí recibió «suficientes electroshocks para iluminar un pueblo». En ese mismo hospital se filmaría más adelante *Alguien voló sobre el nido del cuco*.

Decidió partir a San Francisco y dedicarse a escribir poesía. Completó diez novelas, nueve poemarios y numerosos cuentos, que para algunos estaban entre lo mejor de su tiempo. Al comienzo, sin embargo, le resultó difícil publicar. (La Richard Brautigan Library honra su memoria en Vermont. En los noventa, ésta aceptaba manuscritos rechazados por las editoriales siempre y cuando los autores pagasen la encuadernación. La idea se tomó de su novela *The Abortion*, que en gran parte transcurre en una biblioteca de obras inéditas.) En 1964 se publicó *A Confederate General from Big Sur*. Fue un clamoroso fracaso. En el otoño de 1966, Brautigan se divertía con la idea de ser un autor de culto en Berkeley, donde el libro funcionó bien en la sección de saldos de una librería emblemática. A pesar de los fracasos y reveses, perseveró con sus manuscritos. En 1967 se publica *La pesca de la trucha en América*,

éxito instantáneo de crítica y público. Había escrito el libro en 1961, durante un viaje de acampada que realizó en compañía de su mujer y su hija, y en el que llevaba una máquina de escribir y una mesita plegable. Era, pues, su primera novela, aunque fue la segunda en publicarse.

Con ella obtuvo gran fama internacional y, cómo no, abonó el terreno para su caída. Brautigan viajó mucho, compró propiedades, se dio la vida que no había tenido hasta entonces. Pero no supo llevar bien el peso de la fama. Las borracheras, la seducción de sus seguidores incondicionales y las mujeres, de repente tan disponibles (posó con algunas de ellas para las cubiertas de sus libros, e hizo que se incluyera su número de teléfono en algunas de las ediciones), se cobraron un precio alto.

Aunque ciertos escritores aplaudieron el éxito del patito feo convertido en estrella y los medios lo ubicaron en el firmamento de la contracultura al lado de Dylan, Ginsberg o Timothy Leary, la crítica valoró negativamente sus libros posteriores, y debido a su escritura cada vez más literaria, sus lectores empezaron a dejar de leerlo. Los sesenta dieron paso a los setenta. Jerry Rubin llegó a Wall Street, Abbie Hoffman se convirtió en un fugitivo, muchos de los chicos del *flower power* se pasaron al yuppismo y Brautigan se hundió en el declive, transformándose en el símbolo triste de una época convulsa. Y pasada. La visión condescendiente lo convierte en víctima de la contracultura.

Para otros, sin embargo, sencillamente fue un héroe. Desde el punto de vista de la escritura, hay quienes siguen considerándolo inclasificable. Estados Unidos lo había olvidado ya cuando, el 24 de octubre de 1984, se halló su cuerpo cubierto de gusanos. Varias semanas antes, no se sabe con exactitud cuándo, se había pegado un tiro. Junto a su cuerpo, el arma y una botella de licor.

Paradójicamente, los lectores del mundo entero que siguen descubriéndolo son legión. No ha hecho falta que siguiera escribiendo, aunque al recordarlo, al leerlo, se le eche tanto en falta. Sólo que, en palabras de Vonnegut, «como ha ocurrido con tantos otros buenos escritores, finalmente pudo con él ese desequilibrio químico que llamamos depresión, y que cumple su labor mortal sin que importe lo que esté ocurriendo en la vida amorosa del que lo padece, sin que importen sus aventuras, buenas o malas, en el Mercado sin corazón».